CUADERNOS historia 16

El Oeste americano

Carlo A. Caranci



251

175 ptas



INFORMACION Y REVISTAS, S. A.

PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.

DIRECTOR GENERAL: José Luis Samaranch.

DIRECTOR: David Solar.

SUBDIRECTOR: Javier Villalba.

COORDINACION: Asunción Doménech.

REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.

SECRETARIA DE REDACCION: Marie-Loup Sougez.

CONFECCION: Guillermo Llorente.

FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.

CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.

Es una publicación del GRUPO 16.

REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid: Hermanos García Noblejas, 41, 6.° 28037 Madrid. Teléfonos 407 27 00-407 41 00.

Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.

SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.

PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: MELSA.

DISTRIBUYE: SGEL. Polígono Industrial. Avenida Valdeparra, s/n. 28000 Alcobendas (Madrid).

Depósito legal: M. 41.536. — 1985.



Con el patrocinio cultural de la Junta de Andalucía



Asalto a un tren (ilustración de una obra sobre los hermanos James)

Indice

EL OESTE AMERICANO

Por Carlo A. Caranci
Historiador

El Oeste americano

Carlo A. Caranci
Historiador

LOS Estados Unidos no pueden comprenderse sin el Oeste. Este término geográfico encierra todo un mundo de significados, de contenidos materiales y psíquicos sin los cuales es imposible captar la realidad de ese país. Sin el Oeste, Estados Unidos no existiría tal como lo conocemos hoy. Se habrían formado algunos Estados europeos en la costa este: Nueva Inglaterra o Virginia, por ejemplo; el resto del territorio habría continuado —como habría sido deseable— en manos de sus poseedores originarios, que habrían mantenido hasta hoy sus comunidades, como ocurrió en Africa o en Asia.

Estados Unidos habría sido en América lo que Sudáfrica es en Africa: un enclave europeo, importante, pero sólo un enclave en tierras indias. Pero no fue así. Los enclaves europeos de la costa oriental irán expandiéndose a lo largo de tres siglos, del XVII al XIX, hasta la costa del Pacífico.

Los europeos presentarán siempre la conquista como la ocupación *necesaria* de un espacio prácticamente *vacío;* como el traslado hacia el oeste de una *frontera* móvil imaginaria, establecida unilateralmente, que dejaría de existir con la apropiación completa del territorio. Continente *vacío, abierto* —se decía— *a la esperanza y el esfuerzo de varias generaciones de hombres* [europeos], que iban parejas con la utopía de crear *un mundo nuevo,* libre, no ligado a las limitaciones ni a los sufrimientos que se habían dejado en Europa.

La existencia de tierras y recursos en cantidades desconocidas en Europa y el acceso relativamente fácil a ellos, que los europeos consideraban suyos incluso antes de apropiárselos, hace de América, de Norteamérica, una tierra ecológicamente maltratada. Los europeos ven a América como un continente puesto a su disposición. La norma va a ser talar, incendiar, contaminar, saquear, acabar con las especies, despoblar regiones enteras, despilfarrar, en un verdadero acto de imperialismo ecológico. Se destruye 50 para obtener uno.

Además, América se convierte para los europeos en el continente de la desinhibición, de la amoralidad, de la brutalidad sin freno y, alguien ha dicho, *sin malicia.* Lo que en Europa ya no era lícito o estaba sometido a reglamentación, reaparece en América sin limitaciones favorecido por la lejanía, la precariedad social e institucional, la urgencia por enriquecerse, el movimiento constante.

Todo esto influye poderosamente en las ideologías y las mentalidades, las oficiales y las populares, y en el *ser* —usemos esta palabra ambigua— estadounidense. Este trajín incesante y frenético, que se reinicia en cada etapa de la *frontera,* marca definitivamente al país, lo fuerza a una constante huida hacia adelante colectiva. Como dijo Hamlin Garland, *Es una maldición para nuestro país este movimiento perpetuo.*

Es cierto que el Oeste produjo actitudes, mentalidades, gustos considerados abiertos, democráticos, igualitarios, en contraste con un Este más conservador. Importaba poco el origen social, el origen político. Sin embargo, el individualismo frustró muchas veces la igualdad; los conceptos de competencia y predominio del más fuerte malograron la democracia; la introversión y el aislamiento de las comunidades que se formaban imposibilitaron la apertura y la flexibilidad social. Y pese a una mayor rapidez en los cambios políticos —que por otra parte eran sólo para los blancos—, no por ello el Oeste dejará de manifestar actitudes conservadoras e incluso ultras.

El Oeste hizo mucho en pro de la cohesión nacional, como vieron ya en el siglo XIX algunos de sus historiadores. Y ha seguido siendo, hasta hoy, un referente sustancial para los estadounidenses. Incluso buena parte de sus símbolos nacionales, de su iconografía histórica popular, provienen del Oeste o se desarrollan en él: el pionero, el vaquero, el trampero, el revólver, las ciudades *champiñón,* las praderas... y el indio.

Porque no era un continente tan vacío. El presentarlo así pretende hacer perder de vista la realidad: es decir, la conquista de Norteamérica, y del Oeste, es la de las entidades políticas indias que ocupaban el territorio.

¿Cuántos indios había? Hoy se rechaza la

Alegoría del levantamiento contra los ingleses: El espíritu del 76 *(por Archibald M. Willard, Ayuntamiento de Marblehead, Massachusetts)*


illard
1876

cifra de un millón antaño aceptada, interesada en reducir la magnitud del genocidio. Algunos autores —Dobyns— la aumentan sensiblemente hasta 8-10 millones (60 millones para toda Norteamérica, incluido México y Canadá). Driver da 30 millones para América del Norte, y unos 3-4 millones para Estados Unidos, lo que parece razonable. Sólo en el Este, al parecer, habría habido más de un millón de indios hacia comienzos del siglo XVIII. En 1800 podría no haber quedado en todo el territorio más de un millón y medio; otras cifras dan 880.000, otras 450.000 (!). Todo el territorio estaba ocupado, pero no *lleno*. Las enfermedades desconocidas, el deterioro económico y social, las hambrunas, el alcohol, las matanzas y deportaciones acabarán en tres siglos con más de las nueve décimas partes de los indios estadounidenses.

Estos ocupaban el territorio según diversas pautas: ocupación sedentaria permanente; ocupación nomádica, con zonas fijas de nomadeo y caza; *tierras de nadie,* de utilización general, que todos podían recorrer; tierras baldías o desérticas o inaccesibles, donde no se residía. Existían un gran número de sociedades diferentes: exiguas bandas y grandes comunidades nómadas, jefaturas centralizadas, confederaciones e incluso monarquías absolutas. Las etnias y subetnias eran innumerables, con gran diversidad demográfica.

En esta conquista, a diferencia de la de India o de Africa, la desproporción tecnológica y numérica explica la suerte de los habitantes originarios.

Pero también la explica el diferente concepto de soberanía. Para los indios americanos la posesión de territorio no implicaba necesariamente ocupación física permanente. La tierra sobre la que vivían, cultivaban o cazaban era propiedad colectiva —y solía tener carácter religioso—. El concepto de propiedad, en especial entre los nómadas, se basaba en los derechos de los usuarios, era un usufructo sin propiedad permanente. Para el europeo, en cambio, sólo tenía valor la posesión real, estatal o individual, de la tierra, a lo que unirá la noción de derecho de conquista, base de la soberanía europea en América.

Los europeos podrían haber cohabitado con los indios en esos vastísimos espacios. Estos no se habrían opuesto, como al principio no se opusieron, a la existencia de rutas y establecimientos y a la cesión de una parte de sus tierras, si se hubiese respetado su independencia. Pero los intereses de ambos grupos serán incompatibles, por culpa de los europeos.

Así pues, la conquista del Oeste no es sino una conquista colonial más, como las que los europeos llevarán a cabo en Asia o Africa. Es como si Sudáfrica hubiese continuado ocupando Africa hasta el Mediterráneo.

Aunque la ocupación de las tierras se inicia en el momento en que los europeos se establecen permanentemente en el Este, lo que suele llamarse en rigor de términos *conquista del Oeste* es la que se lleva a cabo a partir de la independencia de Estados Unidos y particularmente desde comienzos del siglo XIX, a través de varias etapas, a partir de los montes Alleghanys y del río Mississippi. El verdadero Oeste histórico abarcaría desde este río hasta el Pacífico, y de la frontera canadiense hasta Texas.

Los primeros pasos hacia el Oeste

Cuando las Trece Colonias proclaman su independencia de Gran Bretaña, en 1776, convertidas en Estados Unidos, los contactos de los europeos —españoles, ingleses, franceses— con Norteamérica son ya antiguos, remontándose al siglo XVI. Los primeros establecimientos en la costa este —ingleses, holandeses, suecos, franceses— datan de comienzos del XVII.

En la segunda mitad del XVIII, los establecimientos británicos se han hecho con toda esta costa, apartando a los suecos y holandeses (siglo XVII) y a los franceses (siglo XVIII) y delimitando sus fronteras con las posesiones españolas del sur.

Después de la victoria de los colonos ingleses sobre la madre patria, los tratados de Londres (1782) y de Versalles (1783) reconocen la independencia de Estados Unidos, es decir, de las Trece Colonias (Nueva Inglaterra: New Hampshire, Massachusetts, Connecticut y Rhode Island; territorios sueltos en dirección sur: Nueva York, New Jersey, Delaware y Pennsylvania; y los territorios meridionales: Maryland, Virginia, las dos Carolinas y Georgia) y —regalo inesperado de los ingleses— el inmenso territorio comprendido entre los Grandes Lagos, el Mississippi y la Louisiana francesa, y las posesiones españolas, que en realidad era británico sólo nominalmente y que había producido más de un quebradero de cabeza por los conflictos entre colonos e indios.

Ya en tiempos de los ingleses los colonos habían penetrado hacia el río Ohio, los Alleghanys y aún más allá, hasta Kentucky y Tennessee, en dirección al Mississippi, pese a la



Encuentro entre una caravana y un grupo de indios (pintura de Charles Rusell)

prohibición (1763) de penetrar más allá de los montes Appalaches, *frontera oficial* con las tierras indias. Clandestinamente o por la fuerza, pero también sobre la base de tratados, como el de 1768 con la Confederación de las Seis Naciones iroquesas, o los de 1768 y 1770 con los cherokees, y los estipulados con otras naciones indias. En 1776 había ya más de 100.000 europeos al otro lado de los Alleghanys; en 1775 la población europea de Kentucky no superaba las cien personas; en 1785 serán 30.000. Ahora los británicos aprovechan la oportunidad para desembarazarse del territorio.

Hacia 1783 la población total de Estados Unidos es de un millón y medio de habitantes.

En estos dos siglos las comunidades indias, tras una brevísima etapa de relaciones aceptables, han sufrido grandes cambios, que han deteriorado profundamente sus sociedades. Han cedido o vendido voluntariamente una parte de sus tierras a los ingleses, otra parte les ha sido arrebatada con el fraude o la violencia, o como consecuencia de guerras perdidas. Se han visto desbordados por el imparable aumento del número de europeos; algunas comunidades han sido prácticamente exterminadas. Como apunta McNickle, *En las regiones de contactos iniciales, o sea en la costa atlántica y los Estados situados junto al golfo de México, los territorios tribales fueron enajenados y la población indígena destruida o arrojada hacia el interior (...) [Muchos] Desaparecieron de la escena y su territorio tribal se esfumó antes de que surgiera la nación de Estados Unidos (...).*

Los Países Indios no encajarían tampoco en el nuevo Estado independiente. La política estadounidense respecto a los indios no alteró la practicada por los ingleses, consistente en evitar conflictos en lo posible sin renunciar a la expansión.

Aunque se aceptó que los indios poseían el derecho de la tierra que ocupaban, y que no podían ser desposeídos de él, pronto la legislación (europea) va a ignorar este principio. El presidente Washington deja los asuntos indios, significativamente, al Ministerio de la Guerra (hasta que en 1849 pasará al de Interior); y el

comercio con ellos en manos de las organizaciones estatales, hasta que desde 1822 irán predominando las compañías privadas.

La Constitución de 1787 va a incrementar considerablemente los poderes del Estado federal, a expensas de los poderes e iniciativas locales, sin por ello renunciar a la descentralización, ante el temor *separatista*. Fruto de esto es la importante Ordenanza del Noroeste, de 1787. Según ella, las regiones del Oeste podrían convertirse en territorios autónomos, una vez alcanzados los 60.000 habitantes, para luego acceder al estatuto de Estado de la Unión en igualdad con los trece Estados iniciales.

La Ordenanza contempla también algunos derechos de los indios, más bien platónicos, pues los colonos continuaron estableciéndose en el Ohio y hasta el Mississippi, con la protección del Ejército.

Desde los años 80 en adelante las ex Trece Colonias van quedando *limpias* de indios, mediante tratados forzados y guerras. Bastan algunos ejemplos: los mahican y los delaware fueron deportados al oeste de los Alleghanys; los iroqueses fueron obligados a ceder porciones de los Estados de Nueva York, Pennsylvania y Ohio (1784); derrotados en la guerra de 1791 los shawnee hubieron de ceder dos tercios de Ohio y parte de Indiana (1794).

El último y más importante intento de detener la marea europea es el del dirigente shawnee Tecumseh, que tratará de unir a los indios desde Canadá al golfo de México, con éxito parcial. Su intento (1811) coincide con la guerra anglo-estadounidense de 1812. En ella Tecumseh apoya a los británicos, pero el conflicto termina con la derrota de éstos (1813). Tras la guerra se aprovecha la ocasión para forzar a todas las comunidades indias del Noroeste a ceder sus tierras: los ottawa, potawatomi, kickapoos, shawnee, wyandot, delaware, peoria, winnebago, sauk, fox y otros son deportados al otro lado del Mississippi, a las reservas de Kansas oriental. Algunos restos de comunidades del antaño poblado Este huirán desesperados a montañas y pantanos, donde sobrevivirán clandestinamente.

La intentona de los sauk y fox de zafarse de la deportación provoca (1832) la última guerra india, la de Black Hawk, del Noreste.

En el Sureste, en Georgia, en las Carolinas, la expulsión de los indios —creek, cherokee, yuchi, etcétera— es consecuencia, en gran medida, de la exigencia de nuevas tierras por parte de los cultivadores de algodón, que se acelera después de la guerra de 1812, en la que parte de los cherokees y creek habían apoyado a los menos peligrosos británicos. Varios grupos de los indios vencidos huyeron a la Florida española, donde se unirán a los autóctonos para formar los semínolas. Sus tierras pasarán a los colonos (1814).

Entre tanto, de acuerdo con la Ordenanza del Noroeste, Kentucky es admitido como Estado en 1792; en 1796 lo es Tennessee, y en 1803 Ohio. En este mismo año el presidente Jefferson compra a Francia la Louisiana. Con esto, el territorio de la Unión aumenta el doble, y obtiene una salida al golfo de México por Nueva Orleáns. A ello se añaden en 1810 y 1813 porciones de la Florida española.

Después de la guerra de 1812 aumenta el número de emigrantes en el Bajo Ohio y a lo largo de la costa del golfo de México. En 1829, de unos 9 millones de habitantes de Estados Unidos, 2 vivían ya al occidente de los Alleghanys, en Kentucky, Tennessee, Alabama, Mississippi, Illinois, Indiana. El Oeste se abre.

Pero antes es necesario conocerlo mejor, en particular la Louisiana, cuya extensión se ignora, y que hay que cruzar para alcanzar las montañas Rocosas. Y que tramperos, traficantes, cazadores y misioneros habían recorrido ya en parte.

Ahora el interés es oficial. Se envían exploradores para que, con vistas a futuras anexiones, reconocieran, levantaran mapas y eventualmente estudiaran a las poblaciones animales y humanas. Esta fue la misión de M. Lewis y W. Clark: en 1804, desde Saint Louis —capital de la entonces Louisiana del Norte— cruzan las Praderas y llegan a las Rocosas (1805), bien recibidos por los mandán y shoshoni. La vía *abierta* por ellos se convertirá en la Ruta de Oregón, que luego utilizarán los colonos.

Otro viajero-explorador, Zebulon M. Pike, se dirige por Kansas y Colorado hasta Santa Fe, en Nuevo México (México), cruzando tierras apaches, kiowa, tano, etcétera. Pike volverá con informes sobre el México todavía español, que serán muy útiles a su gobierno en un futuro no lejano. Esta ruta, llamada de Santa Fe, se utilizará sobre todo desde 1824, después de la independencia mexicana (1821), para alcanzar California y comerciar con la nueva República.

La utilizarán también los traficantes de pieles y las poderosas compañías peleteras que comerciaban con los indios. Las companías fundan puestos y fuertes y encuentran o abren

Dos imágenes típicas y tópicas del Oeste americano: caravana y grupo de indios (pinturas de C. Russell, arriba, *y G. Catlin,* abajo)

rutas que más tarde utilizarán los colonos que se dirigen al Lejano Oeste.

Hacia 1845, la disminución del número de castores por la caza despiadada, y la moda, que sustituyó los sombreros de piel de castor por los de tela, dejó sin trabajo a miles de tramperos, que más adelante se transformarán en exploradores y guías de caravanas y del Ejército.

En la ruta de Santa Fe no faltaron los ataques de los comanches y apaches, y a lo largo del río Colorado, de los yuma y los mohave, opuestos, en los años 20, a la construcción de puestos. Más al norte, los tramperos se divertían cazando a tiros a miembros de las exiguas y pobres comunidades gosiute y paiute... Para el indio, como ya había comprendido a fines del XVIII el jefe seneca Casaca Roja, *La fuente mayor de todas nuestras penas es la presencia del hombre blanco entre nosotros.*

Las guerras contra México

Desde los años veinte, con los presidentes Monroe, Quincy Adams y Jackson, se recrudece la política de ocupación de los Países Indios y de deportación.

En el Sudeste, entre 1817 y los años treinta, se aplica una especie de *solución final* para los indios: la deportación de todas las comunidades. Aunque no todo va a ser fácil.

Los gobiernos locales de Alabama, Georgia y Mississippi prohíben los *gobiernos tribales* de las confederaciones indias.

En 1817 Estados Unidos invade la Florida española para *castigar* a los semínolas, acusados, entre otras cosas, de dar refugio a esclavos negros huidos: es la I Guerra Semínola (1818). En 1819 España debe ceder Florida a los estadounidenses, y sobre la marcha los semínolas acaban en la reserva, mientras que los colonos se abalanzan sobre sus tierras. Un intento de deportar de nuevo a los indios hace estallar la II Guerra Semínola (1835-1842), pero, derrotados, serán trasladados casi todos al Oeste.

En 1826 se crea el Bureau of Indian Affairs (BIA), Oficina de Asuntos Indios, cuyos agentes deberían haber sido *puente entre ambas razas,* y que acabarán justamente odiados por su parcialidad y corrupción.

Un hecho político viene a precipitar la adopción de una *doctrina india* por parte del presidente Jackson. En 1827 los cherokee del noroeste de Georgia —cuyo dirigente, Sequoyah, había optado por una vía modernizadora asimilacionista— proclaman la independencia total respecto de Estados Unidos. Washington les niega la soberanía, pero les reconoce alguna autonomía: éste será el criterio que se seguirá desde ahora hasta que en los 40 se implante el sistema de reservas.

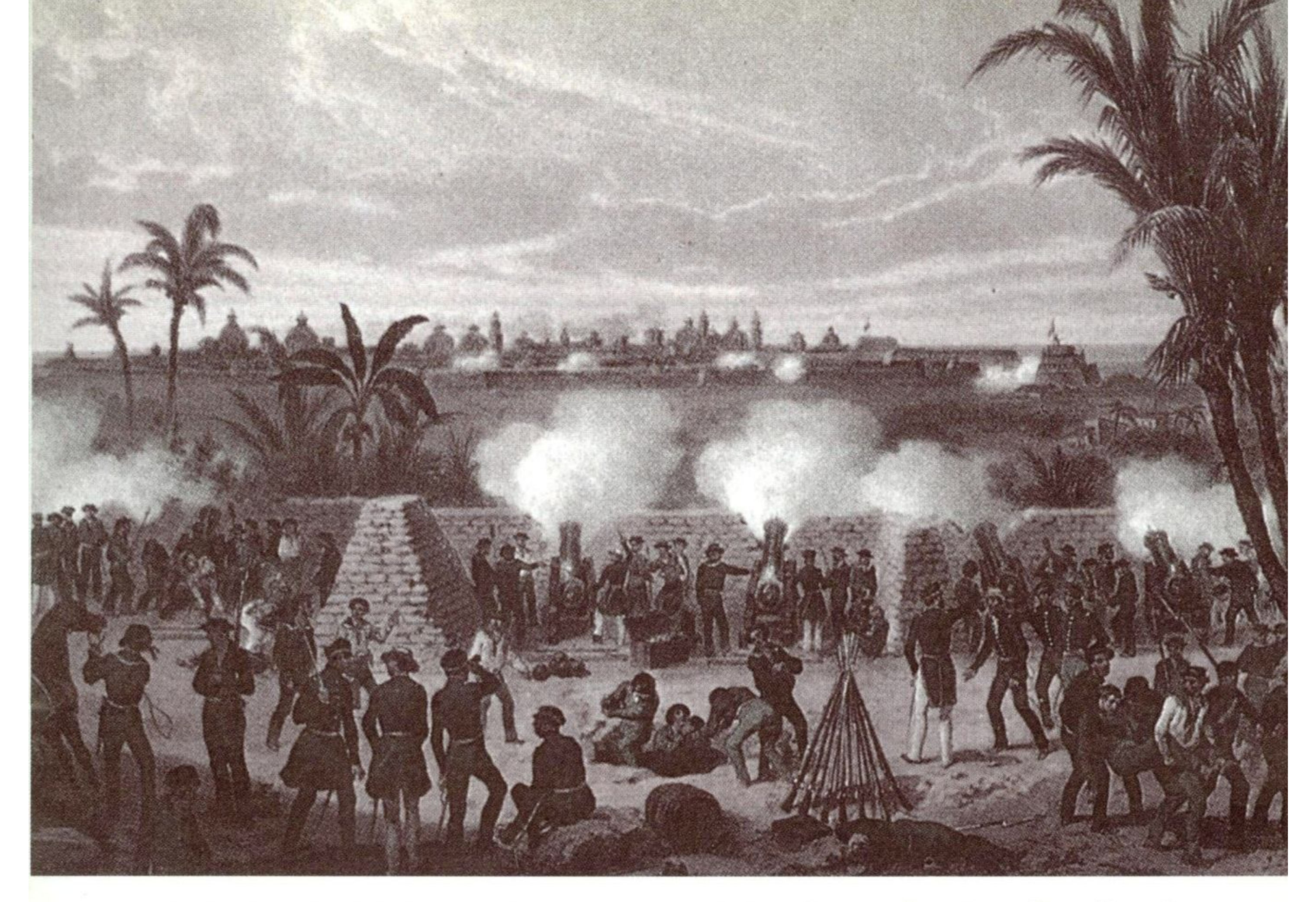
Así, a partir de 1831 se reconoce a las comunidades indias el estatuto de *naciones domésticas dependientes en estado de tutela,* sin soberanía (porque se hallaban en *territorio estadounidense),* con las que el Estado federal puede firmar tratados, al ser *colectividades* y no una serie de individuos, y reconocérseles los títulos sobre sus tierras. Pero los tratados serán meros medios de presión para forzarlos a abandonar sus tierras y marcharse al Oeste.

Un año antes, el brutal Jackson había hecho aprobar el *Removal Act* (Ley de Traslados) que permitía la deportación de los indios del Sudeste más allá del Mississippi. Su sucesor, Van Buren, prosigue esta política implacablemente.

Centenares de miles de indios son privados de sus tierras y bienes y trasladados al llamado Territorio Indio (hoy Oklahoma): los choctaw en 1831, los creek en 1836, los cherokees en 1838-1839. No sin haber sido saqueados previamente, y vejados por los colonos, ante la pasividad de las autoridades, a lo largo de la *Pista de las Lágrimas,* en la que muchos miles murieron antes de llegar a su destino. Pero *dejarles* las tierras al otro lado del gran río era una medida platónica y cínica: había ya demasiados colonos en esas tierras, y pronto habría muchos más.

En los años cuarenta se multiplican las reservas, para el cada vez mayor número de etnias expulsadas de sus territorios, de las que no se podía salir; en ellas las culturas indias podían preservarse mejor, en teoría, pero el aislamiento, la miseria, la falta de medios y de futuro, el desarraigo, los convertía en *cementerios de vivos* y a sus habitantes en *vagabundos sin ganas de vivir,* como dirá un blanco defensor de los indios. Añadamos que la mortandad en ellas era altísima.

En estos años, asimismo, nuevos territorios entran en la Unión: Louisiana, 1812; Indiana, 1816; Mississippi, 1817; Illinois, 1818; Alabama, 1819... En 1830 Estados Unidos tiene casi 13 millones de habitantes, de los que casi 3 millones al oeste de los Alleghanys. Aquí las ciudades crecen rápidamente: en ese año Pittsburgh tiene ya 15.369 habitantes; Cincinnati, 24.831; Lexington, 6.026; St. Louis, al otro lado del Mississippi, unos 5.000.



Bombardeo de la ciudad de Veracruz, México, por las tropas norteamericanas en marzo de 1847

El interés de Estados Unidos por el norte de México se remonta a fines del XVIII. En 1825 los estadounidenses establecidos en estas tierras eran casi tan numerosos como los mexicanos.

En cuanto a Texas, Estados Unidos lo consideraba suyo porque *estaba comprendido (!) en la Louisiana.* En 1820, el Gobierno todavía español había autorizado el establecimiento de 300 familias estadounidenses entre los ríos Colorado y Brazos. El México independiente (1821) se encontró entre las manos el hecho consumado. En 1831 los extranjeros eran ya más de 5.000 y poseían ranchos, ganado y muchas de las tierras abandonadas por los mexicanos.

El gobierno mexicano se alarmó y prohibió la entrada a nuevos colonos, estableciendo un control aduanero y militar en la región. Los extranjeros reaccionaron proclamando la autonomía (1835), a lo que México respondió con la guerra.

Derrotados primero en El Alamo, pero vencedores en San Jacinto, los tejanos proclamaron la independencia (1836), reconocida por Estados Unidos, Francia y Gran Bretaña, y que duró diez años.

Muchos de los tejanos provenían del sudeste de Estados Unidos, y eran los mismos que habían participado en la aniquilación de las comunidades indias. Ahora se repite la historia: los karankawas fueron casi exterminados. Pero con los apaches, comanches y kiowas no podrán acabar tan fácilmente.

El caso de California es semejante. También parte del imperio español y luego de México, desde fines del XVIII los emigrantes estadounidenses —y europeos— se establecen en estas tierras de clima suave y amistosas poblaciones indias. En 1846, sin embargo, aquéllos no eran más de 700; pese a ello, el gobierno estadounidense hizo ofertas de compra a México, siempre rechazadas.

A fines de 1845, tras la admisión de Texas como Estado de la Unión, y la proclamación de la independencia unilateral de los colonos extranjeros de California (1846), con apoyo de tropas estadounidenses, hace estallar de nuevo la guerra. Derrotado, México debe aceptar el Tratado Guadalupe-Hidalgo de 1848, que sanciona la anexión a Estados Unidos de California, Texas, Nuevo México, Arizona, Utah y Nevada, y partes de Wyoming, Nebraska, Arkansas, Colorado y Oklahoma. Es decir, el 51 por 100 del

territorio nacional; 108.000 mexicanos quedan del otro lado de la frontera. Y hubo quien, en Washington, propuso aprovechar la victoria para anexionarse todo México... (1).

Miles de indios quedaron incluidos también en Estados Unidos: además de los mencionados antes, los pima, pueblo, coahuiltecos, navajos, yumas, etcétera. No tardaron en reaccionar ante la invasión de colonos. Especialmente activos eran comanches, apaches, navajos y kiowas, que entre los años veinte y fines de los cincuenta controlaban todavía la mayor parte de Arizona, Nuevo México y Texas, salvo las ciudades. Los conocidos *Rangers* de Texas fueron creados precisamente para proteger de los indios a los colonos invasores; digamos que, al parecer, fueron los primeros en utilizar el revólver de seis disparos de Samuel Colt.

En el Alto Missouri y en Noroeste, junto al Pacífico, en la frontera con Canadá, las compañías peleteras habían continuado, con altibajos, su comercio de pieles de castor con los shoshoni, mandán, flatheads, nez-percés, kutenai y otros. Esta actividad había perturbado y deteriorado gravemente la existencia de los indios en lo social, lo ideológico y lo ecológico. Para agravar las cosas, miles de estadounidenses se habían establecido en lo que se llamaba Oregón y que pertenecía a los ingleses de Canadá, a quienes ya superaban en número hacia 1845, y que eran incapaces de controlar la afluencia. En 1846 Estados Unidos se anexiona sin pestañear el territorio disputado, y Canadá acepta el hecho consumado.

En ese mismo año Iowa entra en la Unión como Estado, y en 1848 lo hace Wisconsin. Entre 1803 y 1853 el territorio estadounidense había triplicado su superficie. En 1850 tenía ya 23.191.876 habitantes, sin contar los indios.

El 24 de enero de 1848, en tierras propiedad del suizo Sutter, en el río American, afluente del Sacramento, en California, se hallan unas piedrecitas doradas. Analizadas, resultan ser de... oro. Pese a las precauciones de Sutter, la noticia se propaga rápidamente y sobre ríos y arroyos se vuelcan decenas de miles de individuos, californianos, estadounidenses, mexicanos, europeos, enloquecidos por la posibilidad de enriquecimiento rápido. Los pueblos y ciudades de California se vacían literalmente. Dice Chilton que en San Francisco, que tenía más de 2.000 habitantes, quedaron tan sólo cinco, pocos días después.

La casi total carencia de rutas y medios de transporte colectivo no arredró a los candidatos a millonario. En un primer momento se abrió una ruta marítima que rodeaba, nada menos, el cabo de Hornos, en el extremo sur de América. Por ella se aventuraban barcos rápidos, los *clippers,* que arribaban, tras un viaje terrible de 130 días de duración y 17.000 millas de recorrido, a California.

Las rutas más seguras y baratas, y cortas, acabarán siendo, sin embargo, las terrestres. Desde el Missouri los futuros buscadores se lanzaban, utilizando sobre todo la ruta Kansas-Utah-Sierra Nevada-California, individualmente o en caravanas de carromatos, animosa e inconscientemente, hacia el Oeste y el oro, afrontando peligros, desiertos, frío y calor, el hambre —¡se dieron casos de canibalismo!— y la sed, e incluso la muerte.

En 1849 más de 40.000 buscadores de oro caen sobre los placeres californianos. En 1850 son 60.000, 100.000 en 1852. En 1848 no había en la región más de 10.000 habitantes de origen europeo; en 1852 superaban los 250.000. San Francisco tiene ya 30.000 habitantes en 1850 y se ha convertido en un emporio donde el dinero corre a raudales y donde se concentran aventureros, prostitutas, misioneros, ex burgueses y ex obreros. Y los mejores restaurantes y espectáculos del Este y de Europa pueden verse aquí, y en Sacramento; en ambas y en los placeres los Comités de Vigilantes tratarán de poner orden con rudeza (2).

Pero California no era el Eldorado que se había esperado. Al principio hubo bastantes que se enriquecieron con el oro. Las tandas siguientes hallaron poca cosa, pero al no poder volver atrás, buscarán otras ocupaciones. Se comenzó a edificar, a abrir tiendas y roturar campos, y la agricultura prosperará. En 1850 California es admitida como estado.

Las aglomeraciones mineras desaparecen. O bien se trasladarán a los placeres de Oregón, Colorado o Alaska, y se repetirá la historia.

La peor parte, como era habitual, se la llevarán los indios californianos. Los buscadores de oro inundan sus tierras. Los indios reaccionan, y los invasores se ensañan con ellos: matan a hombres, mujeres y niños, los esclavizan y prostituyen, les contagian mortales —para los indios— enfermedades. Los que pudieron huyeron a las montañas y a los desiertos. Ya en los años cincuenta el gobierno federal los despojó oficialmente de sus tierras y los confinó a las reservas, donde la mortan-

---

Las tropas norteamericanas asaltan el castillo de Chapultepec (arriba). *Campamento del general Taylor cerca de Monterrey* (abajo)

dad fue espantosa. Se calcula que en 1853 quedaban todavía más de 100.000 indios; en 1856 no pasaban de 48.000, en 1864 eran 30.000 (y 19.000 en 1916), sobre una población inicial de más de 200.000.

Otro factor característico de la colonización del Oeste es la explosión de religiosidad. La vida religiosa se había *renovado* desde el siglo XVIII en Estados Unidos, y el fenómeno se acentúa espectacularmente en el Oeste. Predicadores itinerantes, misioneros, místicos, embaucadores y perseguidos son moneda corriente. Junto a los presbiterianos, baptistas, metodistas y otros surgen decenas de sectas más o menos cristianas, nacidas en las particulares condiciones del medio pionero (shakers, campbellistas, mormones, etcétera), que se aventuran entre las comunidades indias o de colonos, muy receptivas estas últimas a causa de la precariedad de su existencia. Aquéllas, en cambio, reaccionaron de diferentes formas: rechazo, aceptación, indiferencia. Un caso curioso fue el de los nezpercés y flatheads de Idaho y Montana, respectivamente, que en 1831 enviaron delegaciones a los blancos para que les enviaran misioneros, intrigados por los poderes que éstos atribuían a su Dios.

En la historia de la Iglesia de Jesucristo de los Ultimos Días, o mormones, se mezcla la religión y su particular epopeya pionera. Perseguidos en el Este, se decidieron a emigrar al Oeste; su éxodo se realizó en varias etapas, en las que no faltaron el hambre y los muertos, llegando a su fin en Utah, al oeste de las Rocosas (1846-1847), donde fundaron una muy próspera comunidad (Utah será admitida en la Unión en 1896).

Poblamiento

La anexión de toda la costa del Pacífico había dejado *en medio* vastísimas extensiones que Estados Unidos (y los colonos) consideraban suyas oficialmente —y así lo reconocían los Estados europeos—, y que había que *llenar* con nuevos pobladores.

Durante la segunda mitad del siglo millones de colonos se lanzarán hacia el Oeste, hacia las Grandes Praderas y hacia el Pacífico. Las Rocosas ya no son un obstáculo insalvable, ni lo son los desiertos de la Gran Cuenca, antes de llegar a California.

Estas extensiones van a ser accesibles pronto gracias a la proliferación de rutas y, sobre todo, al desarrollo de los transportes: junto a los carromatos y las diligencias aparecen el barco de vapor y el tren.

Las rutas caravaneras se ven recorridas por las caravanas, con sus grandes carromatos de carga (el cine ha popularizado los del tipo *conestoga,* de origen holandés), y por las diligencias de los servicios regulares de pasajeros y correos, pertenecientes al Estado federal o a compañías particulares, que cruzan el territorio desde St. Louis a San Francisco —¡4.500 kilómetros!—, por la ruta de Santa Fe, sorteando a salteadores e indios. Algunas compañías se harán famosas, como la Wells Fargo & Co., o la Butterfield Overland Mail —que en 1860 ideó el rapidísimo *Pony Express*— entre Missouri y Sacramento.

A fines de los años sesenta se tardaban sólo trece días en ir de Nueva York a California. Pero el telégrafo acabará con los correos urgentes y con más de una línea de diligencias.

Los barcos de vapor de pasajeros y carga remontan los numerosos cursos de agua de la extensa cuenca del Mississippi-Missouri y permiten unir al Este con las ciudades del interior, con Pittsburgh, Louisville, St. Louis y otras. Entre otros se harán famosos los típicos barcos de rueda del Mississippi.

El ferrocarril representa un duro golpe para diligencias y barcos. Su desarrollo es espectacular, y será un factor determinante en la conquista del Oeste.

En 1831 hay sólo 25 kilómetros de vías férreas. En 1840 hay unos 8.000 al este del Mississippi. Pronto se hacen planes para cruzar las Praderas y enlazar el Este con el Pacífico. Pero la guerra civil congela los proyectos.

La ocupación de las Grandes Praderas al oeste del Mississippi, a partir de los años cincuenta, como se ha dicho, hasta finales de siglo, no se detiene ni siquiera durante la Guerra Civil gracias a la inmigración del Este y, sobre todo, de Europa. Entre 1815 y 1860, cuatro millones de europeos emigraron a Estados Unidos. En 1860, más de la mitad de los nacidos en el extranjero habitaban al oeste de los Alleghanys. Muchos se quedarán en el Este. Otros junto a los estadounidenses, mayoritarios, se lanzarán a colonizar las Grandes Praderas orientales. Aquí, como dice Prescott, en Wisconsin, Minnesota, Iowa, Missouri, en el límite de las tierras de lluvias regulares, los colonos dejarán de ser pequeños agricultores, cazadores, comerciantes y deberán dedicarse a la agricultura extensiva, con arados, y a la ganadería variada: trigo, maíz, cerdos, vacuno, que el Este necesita en grandes cantidades.



Buscadores de oro en el Oeste americano hacia mediados del siglo XIX

El centro principal, Chicago, que en 1831 es apenas un fuerte con algunas casas, tiene ya en 1850 30.000 habitantes, y diez años después tendrá 100.000.

La tierra, ya desde la Ordenanza del Noroeste (1787), es propiedad federal. Las condiciones de apropiación son muy asequibles. Se distribuyen tierras gratuitamente, pero la mayoría se vende a precios simbólicos, que todo el mundo puede pagar.

En 1862, durante la Guerra Civil, se aprueba en Washington (en el Norte), la Ley de Bienes Raíces (Homestead Act). De acuerdo con ella, los colonos podían individualmente tener derecho a 65 hectáreas de tierras públicas, si se comprometían a residir en ellas por lo menos durante cinco años. La propiedad quedaba garantizada por el Estado federal. Se creaba así, de la nada —¡qué diferencia con Europa!—, una clase de propietarios rurales. Y es el Oeste el que va a proporcionar, obviamente, la mayor parte de las tierras; y, concretamente, las Praderas.

Desde los años cincuenta y sesenta el Oeste va a proporcionar, además de las tierras, inmensos recursos y riquezas, que van a estimular la economía, pero va a romper, con graves consecuencias, el equilibrio precario entre dos sectores del país que siempre habían sido muy diferentes: el Norte, industrial, proteccionista, liberal, antiesclavista, y el Sur, agrícola, esclavista, aristocraticista y librecambista. Nos referimos a la Guerra Civil. Las causas del conflicto son muchas: una de las principales es la competencia por las tierras del Oeste, y la extensión o no a ellas del sistema esclavista.

El Sur pretendía extender la esclavitud y el cultivo del algodón a territorios que estaba ya ocupando (Texas, Kansas). El Norte quería impedirlo, y acelera la admisión en la Unión de Kansas, Minnesota y Nebraska para evitar su eventual paso al Sur.

Transacciones diversas no resuelven nada. En 1860 se habla ya de secesión, y en 1861 la elección de Lincoln, antiesclavista, para la presidencia precipita la guerra. Si el Sur hubiese podido arrastrar a su lado al Oeste, todo se habría desarrollado de otro modo. La guerra terminó en 1865 con la victoria del Norte. La esclavitud fue abolida y la política sobre el Oeste será la que establezca en exclusiva el Norte vencedor.

El conflicto da un espaldarazo definitivo al

ferrocarril. Ya en plena guerra, en 1862, el Congreso aprueba la Pacific Railroad Act (Ley del Ferrocarril del Pacífico), que prevé la creación de dos compañías, cuya misión es unir por ferrocarril el Este con el Oeste: la Union Pacific, cuyo tendido irá de Nebraska hacia el Oeste, y la Central Pacific, que irá de Sacramento hacia el Este. Dada la escasez de capitales, a las compañías se les concedían tierras a ambos lados de las líneas a medida que fueran avanzando, por lo que la competencia será furibunda entre ellas.

El 8 de enero de 1863 se inician los trabajos de desmonte, y a partir de este momento todo irá muy rápidamente. Deberán superarse ríos, montañas, precipicios, desiertos e incluso sortear gigantescos rebaños de bisontes.

La escasez de mano de obra lleva a la Central Pacific a recurrir a chinos, que resultarán excelentes trabajadores. Por su lado, la Union Pacific iba atravesando las Grandes Praderas, que eran estadounidenses sólo nominalmente, algo que los indios se encargarán de recordarle. Esta compañía contrató a irlandeses y a soldados desmovilizados.

A veces los obreros de ambas compañías competían entre sí (3), y también lo hacían los propios ciudadanos, divididos en dos *partidos,* que seguían con enorme interés la carrera entre ambas.

Pero más competían, y salvajemente, las dos compañías. Su meta confesada era simplemente ganar dinero. El mal trato a los trabajadores, los accidentes frecuentes, el material de mala calidad, fueron parejos con la improvisación, la corrupción, los sobornos a políticos —incluso a presidentes del país, al parecer—, los favores de éstos, los escándalos —como el del Crédito Inmobiliario, o el Balknap, entre otros.

El avance de las líneas iba arrastrando consigo una masa de aventureros, prostitutas, delincuentes, jugadores y buhoneros; se construían efímeras poblaciones cada cierto número de kilómetros, que se desvanecían en cuanto la vía avanzaba. Pocas aglomeraciones perduraron, como Cheyenne, en Wyoming.

El 10 de mayo de 1869, en un grupo de casamatas llamado Promontory (Utah), al norte de Salt Lake City, se tocaron ambas líneas. Se acababa de unir por tren, tras arduos y a veces heroicos esfuerzos, ambos océanos. El primer viaje regular se efectuó en el verano de 1870.

El éxito impulsó a los Estados y a otras compañías a tender líneas férreas por todas partes, con su corolario habitual de corrupción y explotación humana. De ahora a final de siglo el territorio se verá cruzado en todas direcciones por la red ferroviaria: entre 1864 y 1883 se unirá al lago Superior con el estado de Washington, en el Pacífico; en 1866 Kansas con Texas (4); en los 70 y 80 se unirá San Francisco con Nueva Orleáns, por poner tres ejemplos.

Al oeste del Mississippi el tendido existente en 1865 era de 5.235 kilómetros; en 1890 era de 116.000.

El ferrocarril dio impulso al poblamiento de las Praderas, facilitó los intercambios económicos y de población, acercó el Lejano Oeste al Este, permitió, finalmente, acelerar el fin de los Países Indios todavía independientes.

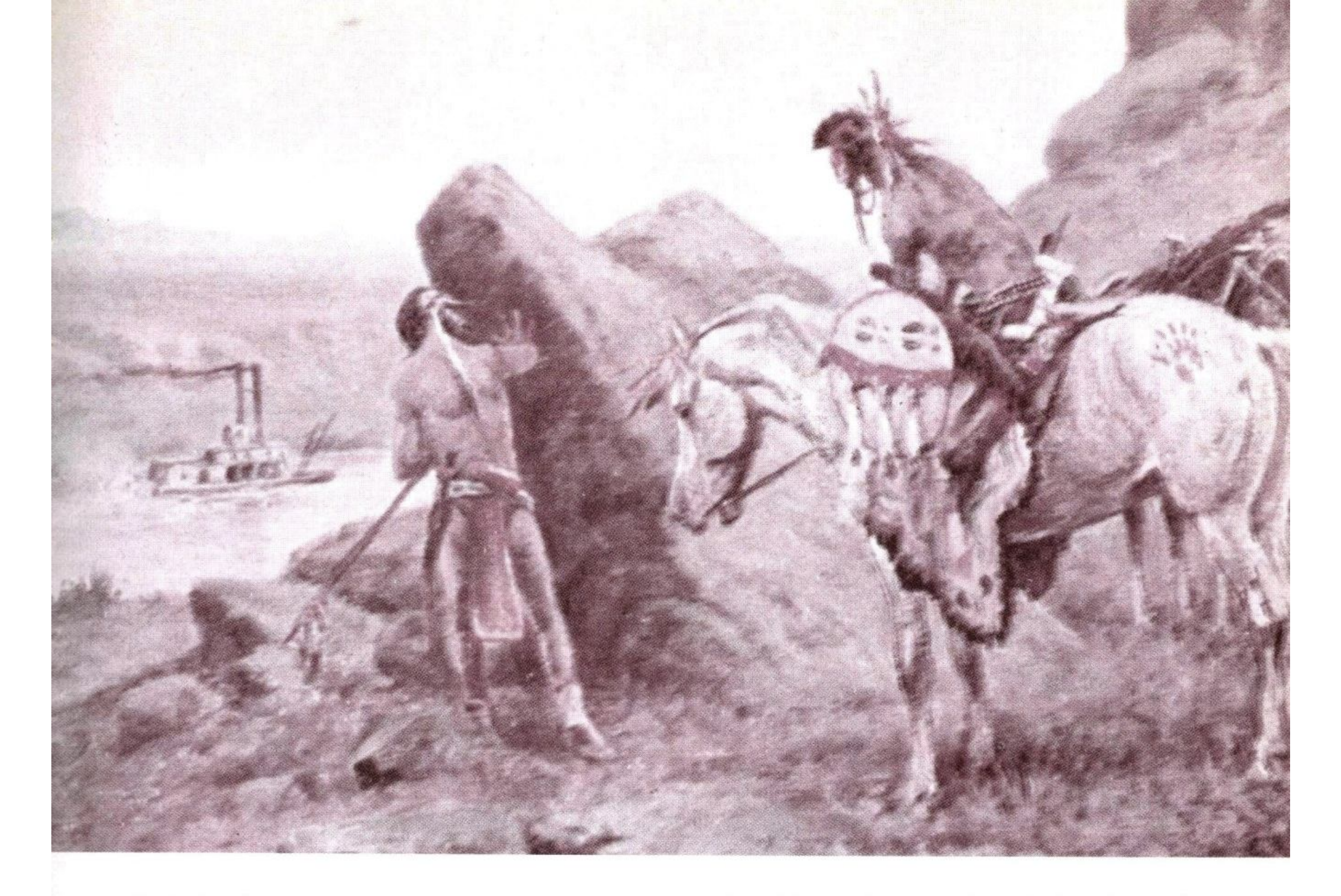
Paralelo al ferrocarril y posterior también a la Guerra Civil es el auge ganadero.

En los años treinta había empezado a desarrollarse la ganadería en Texas, en el valle del río Nueces, a partir del ganado abandonado por los mexicanos y que se había asilvestrado, transformando también su estampa: patas largas, cuernos largos, mayor rapidez; se le dará el nombre de *longhorn* o cornilargo.

Pero ¿cómo dar salida al ganado? La avalancha de colonos hacia California en las décadas centrales del siglo abrió perspectivas para la venta de carne y otros productos del ganado. Pero después de la Guerra Civil la gran demanda del Norte (Chicago sobre todo) permitió superar la crisis en que se hallaba la industria ganadera: los tejanos decidieron enviar al Norte sus rebaños, pues allí se pagaba la cabeza a 30 y 40 dólares, mientras que en Texas su precio no pasaba de los cuatro dólares.

Hasta 1867 el traslado de los rebaños es tarea ardua por las rutas demasiado largas, infestadas de cuatreros o que cruzaban tierras indias, hasta las remotas estaciones del ferrocarril, la más próxima de las cuales podía estar a 2.400 kilómetros de distancia, como Sedalia en Missouri. En ese año se estableció un punto de reunión de los distintos rebaños en un lugar llamado Abilene, en Texas, junto al que pasaba el ferrocarril Kansas Pacific, y donde había agua y pastos, con lo que aumenta la seguridad y rapidez de los viajes.

Cuando la ganadería se convierta, ya pronto, en un buen negocio, se multiplicarán las rutas hacia el Norte, a Kansas y Colorado, etcétera. Y ya habrá surgido la figura, legendaria en la historia del Oeste, del *cow-boy* o vaquero tejano que, en parte, deriva en su función y atuendo del ranchero español y mexicano de las décadas anteriores; el *cow-boy* le aña-



Dos indios observan el paso de un barco

dirá el revólver de seis tiros, el sombrero de ala ancha y demás aditamentos que todos conocemos hasta la saciedad gracias al cine.

La ganadería favoreció el crecimiento de ciudades en Texas, como Abilene, que será importante centro ganadero; o como Dodge City, que protegía la ruta de Santa Fe de los indios, llamada la *Babilonia del Oeste,* donde los vaqueros gastaban sus pagas y a veces dejaban la piel. En los años de auge, 1865-1885, cinco millones y medio de cabezas de ganado salieron de Texas hacia el Norte. Más tarde, la ganadería se extenderá también a otras partes.

Las guerras indias

Rutas y líneas férreas cruzaban las tierras indias, a veces por lugares sagrados o históricos, por los territorios de caza y nomadeo. Esto es especialmente cierto en el caso de los Países Indios de las Grandes Praderas. Ya dijimos que entre los años sesenta y los ochenta se produce, junto a la colonización de las Praderas, y como consecuencia de ella, una aceleración en la conquista de las tierras indias.

En el Noroeste, a partir de los años cincuenta, la exigencia por parte de los colonos de ulteriores cesiones de tierras provoca levantamientos entre los yakimas, cayuses, wallawalla, spokan, coeur d'alène, flatheads, bannocks y modoc entre 1858 y 1879, que acabarán confinados en reservas locales o en las de Oklahoma.

En 1860 estalla la guerra con los nez-percés, al negarse uno de sus dirigentes, Joseph, a ceder tierras —en las que se había descubierto oro— a los blancos; la lucha se prolonga hasta 1877, con la derrota de los indios, que son deportados a Oklahoma.

En el Sudoeste los navajos atacaban frecuentemente los escasos establecimientos blancos repartidos por las grandes extensiones de Arizona. Entre 1863 y 1864 un contingente mandado por Kit Carson cercó a los navajos en Canyon de Chelly, les robó su ganado, destruyó sus árboles y huertos y los derrotó, obligándoles a marchar a la reserva.

Los apaches de Arizona y Nuevo México fueron tratados aún con mayor dureza. La guerra de 1862 estalló tras un período de relativa calma cuando los indios decidieron no soportar más los engaños y brutalidades de



los colonos. El jefe de los apaches mimbreños, Mangas Coloradas, y el de los apaches chiricahuas, Cochise, estuvieron a punto de liberar Arizona de estadounidenses. Pero éstos, aliados a los indios pima, pápagos y maricopas, y a los mexicanos, pudieron derrotarlos finalmente, y llevarlos a la reserva.

Los apaches, kiowa y comanches de Texas y Oklahoma sólo serán vencidos en los años setenta.

Las guerras indias que se hicieron más famosas fueron las combatidas por los indios de las Praderas. Aquí los enfrentamientos acabarán siendo crónicos: más de un millar entre 1862 y 1890.

Hasta mediado el siglo los Países Indios (5) de las Grandes Praderas —éstas se extienden, recordémoslo, desde el sur de Canadá a Texas, y del Mississippi-Missouri a las Rocosas— conservan su independencia debido a que los colonos se habían detenido en su porción oriental. No habían faltado las fricciones a causa del paso de caravanas de colonos que molestaban y maltrataban a los indios y perturbaban los movimientos de los rebaños de bisontes.

Las matanzas masivas deliberadas de bisontes, que eran la base de su economía, desesperaba a los indios y fueron el detonante de gran número de conflictos, tanto en las Praderas meridionales como en las septentrionales: en 1830 se estima que había unos 75 millones de estos animales; en 1850 debía de haber unos 50 millones; en 1883 se habrán extinguido prácticamente. En 1870 se abatió a más de un millón: alrededor del bisonte se había montado todo un comercio de pieles y, en determinados momentos, de carne —era frecuente que, para extraer unos kilos o simplemente la lengua, considerada exquisita, se matase a un animal—. El exterminio del bisonte será una de las causas de la crisis de las comunidades indias de las Praderas y la base de su aniquilación (6).

Se habían firmado con los indios tratados de límites y comerciales, éstos habían cedido tierras, y los blancos habían erigido fuertes y puestos —Fort Laramie data de 1854—. Aunque no habían faltado las matanzas por parte del Ejército estadounidense ni las guerras con los sioux o con los cheyennes. Pero lo peor estaba por llegar.

El primer conflicto serio de los años sesenta es con los sioux santee (1862), al negarse éstos a ceder tierras en Minnesota y las Dakotas.

En 1864 les toca el turno a los cheyenes meridionales. En vísperas de un tratado para poner fin a los incidentes en la ruta de Missouri a Colorado, los indios son objeto de una matanza indiscriminada en Sand Creek, perpetrada por el coronel Chivington. La guerra se generaliza al unirse a los cheyennes los sioux y los arápahos; todos juntos derrotan a los soldados estadounidenses en Upper Platte Bridge (1865).

Después de la Guerra Civil la masiva llegada de colonos y la presencia del ferrocarril en tierras sioux inclina a una parte de éstos a buscar, por medio de un tratado, algún término de convivencia. El intento fracasa y estalla otra guerra, con nuevas derrotas para los blancos. A regañadientes Washington acepta constituir una extensa reserva sioux en la que se incluyan las Montañas Negras, en Dakota del Sur, sagradas para los indios (Tratado de Laramie, 1868).

En 1871 Washington da marcha atrás, al aprobar una Ley de Expropiación por la que no se reconocería ya que las comunidades indias eran *tribus independientes, o potencia con la cual Estados Unidos pueda pactar un convenio.* Es cierto que el presidente Grant, como contrapartida unilateral, trató de poner coto a la corrupción de los agentes indios y a los abusos de los colonos, con poco éxito. Repartió, además, las reservas entre los misioneros de las distintas Iglesias cristianas, obsesionadas por *convertir a los salvajes,* que no dejaron de querellarse entre sí; pero aún tuvieron tiempo para establecer verdaderas dictaduras teocráticas en las reservas y para ahondar el deterioro de las culturas indias. Mientras, los colonos siguieron usurpando tierras a los territorios y reservas indias. El proyecto de Grant había fracasado.

Así pues, en los años setenta se decide poner fin, de una vez, a la existencia de las comunidades indias independientes.

La ocasión la proporciona el hallazgo de oro en las Montañas Negras, en 1874. El general Custer —que ya se había hecho famoso por la matanza de cheyennes en Washita River (Territorio Indio)—, despreciando el Tratado de 1868, invadió la región con su Séptimo de Caballería, y le siguieron miles de nuevos buscadores de oro. Ante el hecho, el gobierno estadounidense pretendió comprarla, pero los sioux se negaron a venderla. Hubo incidentes, y Washington envió un ejército: el 17 de junio de 1876 el contingente del general Crook era

Indio ottawa (pintura de George Catlin, hacia 1850)

derrotado en Rosebud Creek (Montana) por los cheyennes septentrionales y los sioux oglala; y el 25 los indios repetían la hazaña derrotando a Custer en Little Big Horn, donde se hicieron famosos los jefes Caballo Loco, de los sioux oglala, y Toro Sentado, de los sioux hunkpapa.

Fue una gran conmoción en Estados Unidos, y se enviaron nuevas tropas, pero Toro Sentado pudo refugiarse entre los sioux de Canadá: volverá en 1881 para convertirse en una atracción más del *Wild West Show,* espectáculo circense de Buffalo Bill. Caballo Loco tuvo peor suerte: en 1877 fue hecho prisionero por el Ejército y muerto en prisión por los soldados. Los indios fueron conducidos a las reservas.

Era la Paz Blanca, como se la llamaba. Que sólo se romperá, y en bastantes ocasiones, por los intentos de evasión de las reservas, como el de los cheyennes septentrionales en 1878, cuya patética huida, perseguidos por las tropas, desde Oklahoma, acabó en matanza indiscriminada junto a la frontera de Canadá.

Los indios habían sido derrotados, por diversas causas. La primera, la enorme *desproporción numérica* entre los indios —en continua disminución, además— y los estadounidenses —en continuo aumento—, lo que establecía de antemano, tarde o temprano, el resultado de las guerras. Sólo las relativamente numerosas confederaciones del Este pudieron poner en pie de guerra a miles e incluso a decenas de miles de combatientes. Las comunidades de las Praderas, mucho menos numerosas, podían disponer, individualmente, de no más de varios cientos de guerreros, o de muy pocos miles, en casos excepcionales. Las del Sudoeste y, sobre todo, las de California y la Gran Cuenca apenas podían juntar, la mayoría de ellas, un centenar. Sólo la alianza entre comunidades —como en las guerras del Este, o en las Praderas en los años setenta— podía incrementar su número: en la guerra de 1876 los sioux y cheyennes aliados pudieron poner en pie de guerra, en una ocasión, a más de 2.000 combatientes.

Por todo esto, los conflictos armados serán, para los cánones europeos, pequeñas guerras con pequeñas batallas, con relativamente pocos combatientes y pocas bajas en números absolutos. La *gran* derrota estadounidense de Little Big Horn causó unos 260 muertos al contingente de Custer, que representaba a un país de 46 millones de habitantes... En 1791 las tropas estadounidenses sufrieron su peor derrota a manos de los indios, ante los shawnee, que, en realidad, les causaron algo más de 600 bajas. Los indios podían ganar batallas, pero era imposible que ganasen las guerras.

Otro factor fue la *desproporción tecnológica.* No todos los indios dispusieron de armas de fuego. Y aun cuando era así, las de los estadounidenses eran más modernas, estaban en mejor estado de conservación, y su disponibilidad era prácticamente inagotable, y lo mismo hay que decir de la de municiones y piezas de recambio. Sin hablar de las piezas de artillería, de las que los indios carecían totalmente.

Un tercer factor fue el *diferente concepto militar.* Los indios, a diferencia de los europeos, no planteaban batallas campales ni guerra de posición, sino emboscadas, golpes de mano y ataques frontales rápidos y rápidas retiradas.

Finalmente, se ha hablado de la presunta *desunión* de las comunidades indias, como factor favorable a los blancos. Pero esto es aplicable también a éstos últimos. Mientras en Norteamérica hubo franceses, ingleses, españoles, suecos, holandeses, etcétera, las guerras intereuropeas estuvieron a la orden del día, lo que disminuyó su capacidad de respuesta militar a los indios; y los indios llegaron a participar frecuentemente como aliados de unos y otros en sus conflictos, y los europeos en los conflictos interindios.

Cuando los europeos acabaron siendo una única comunidad —Estados Unidos—, los indios, por lo general, continuaron estando divididos en comunidades diferentes y a veces hostiles. Y no por insolidaridad, como ha pensado algún autor europeo, sino porque tan diferente era un pima para un apache como un francés o un polaco para un alemán; además, muchos de los conflictos interindios se arrastraban desde los tiempos precoloniales. La solidaridad, el panindismo, no serán muy frecuentes, y las alianzas, sólo temporales, como en Europa, y sólo cuando las circunstancias lo requerían.

Hacia 1860-1870 puede decirse que lo que se ha dado en llamar *mundo del Oeste* es algo plenamente consolidado, con sus características propias. Y lo mismo hay que decir del *hombre* —y de la mujer— *del Oeste,* al que se ha descrito como taciturno, duro, violento, individualista, un poco *fascista,* idealista, carente de tradición, ignorante, demócrata... por los estudiosos que en estos años comenzaban a ver la *otra cara* de la conquista del Oes-



Lucha entre indios y soldados norteamericanos (pintura de Charles Schreyvogel)

te. Algo de todo esto quizá haya. Se ha hablado de la violencia y del individualismo. Aquélla, contra los hombres y la naturaleza, es una constante en la conquista del Oeste —en realidad, en cualquier conquista—. Pero aquí su carácter deriva de cómo se efectuó esta conquista.

En la América española la ocupación es más centralizada, depende, en buena medida, de las directrices de los gobiernos de Madrid o de los locales. En Norteamérica la centralización fue menor, pese a los intentos, bastante tempranos, del gobierno federal de controlar los vastos territorios que iba anexionando más o menos nominalmente. Y cuando los hubo anexionado, muchos de ellos manifestarán veleidades independentistas: al gobierno federal le cuesta establecer su control y mantener las relaciones comerciales y las comunicaciones.

Estaba claro que no todas las regiones anexionadas eran iguales entre sí, y que había grandes diferencias, pese a orígenes a veces comunes, entre las gentes de Nueva Inglaterra, de Georgia, de California o de Texas. Pero es posible que las diferencias más acentuadas se den entre el Este, en conjunto, y el Oeste. En el aspecto político, por ejemplo, el Oeste influye bastante, determinando una mayor democratización del Este, más *aristocrático* y clasista, forzando la adopción a escala nacional de leyes más progresistas, por ejemplo el sufragio universal, o el voto femenino —que Wyoming concede nada menos que en 1869.

Sea como sea, en un primer momento se dejaron al arbitrio individual o de pequeños grupos decisiones de repercusión colectiva, debido a la ausencia institucional y a la dispersión de las comunidades. Paulatinamente se fue estableciendo una *ley* más o menos tácita, que algunos han llamado el *Código del Oeste,* que implantó cierto orden y una justicia sumaria, de *horca fácil,* en la que no faltaba la *ley de Lynch,* el linchamiento. Este es el origen de los Texas Rangers y de los Comités de Vigilantes.

Posteriormente, cuando un territorio entraba a formar parte de la Unión, se establecía una administración local, con jueces y *sheriffs* que, con pocos medios, trataban de limitar el número de violencias, de contener a los cuatreros y bandidos.

Los grandes espacios, la precariedad de la ley y de la vida colectiva, la existencia de individuos que no encajaban en el mundo del Oeste, la crisis social sureña después de la Guerra Civil son factores que explican el bandidaje. Muchos bandidos adquirieron notoriedad como cuatreros, atracadores de bancos y salteadores de trenes y diligencias: Billy *the Kid* —Billy *el Niño*—, Jesse James, Butch Cassidy, los hermanos Dalton, Sam Bass, incluso *Calamity* Jane, a caballo entre el espectáculo y el bandidaje..., perseguidos por no menos formidables defensores del orden y la ley, como Pinkerton, Wyatt Earp y otros.

Todos ellos, junto a soldados e indios, harán famosas armas nacidas o adoptadas en el Oeste. Todos hemos visto en el cine los fusiles Sharps de los cazadores de bisontes, las carabinas Henry, o el Winchester Modelo 73, los revólveres Colt —los primeros—, de los que el más famoso será el Colt 45, o los Remington.

El fin de la frontera

En las dos décadas finales del XIX todo el territorio entre el Atlántico y el Pacífico está ya sólida y definitivamente en manos estadounidenses. Está a punto de concluir la *conquista del Oeste,* iniciada más de un siglo antes.

El fin de las grandes guerras indias —que, como veremos, no ponen fin al *problema indio*— y las nuevas avalanchas de inmigrantes del Este y de Europa, van a permitir ocupar todas las tierras que quedan en manos indias o que no habían interesado hasta ahora a los blancos por su clima o su menor aptitud para la agricultura. Y va a permitir desarrollar las enormes potencialidades económicas del inmenso territorio que, ahora sí, es ya realmente estadounidense.

En 1880-1890 quedan todavía sin ocupar por los colonos la mayor parte de las Praderas centrales y occidentales, que conocerán una inmigración masiva desde fines de los setenta y ochenta que cambiará su fisonomía.

Si en 1860 la población de Estados Unidos era de 31.443.321 habitantes, en 1870 es de 38.558.371, y en 1890 va a ser ide 62.622.250!, debido sobre todo a la inmigración extranjera.

Son los años del *boom* del Oeste. Los colonos ocupan tierras en Wyoming, las Dakotas, Montana, Nebraska, Kansas, Colorado y otros puntos de las Praderas (8), en tierras ya *libres* de indios, cedidas de acuerdo a la Homestead Act de 1862, o vendidas por las compañías de ferrocarriles para enjugar los enormes gastos ocasionados por la construcción de las líneas férreas. Los compradores son estadounidenses: soldados desmovilizados, obreros urbanos, pobres de las ciudades, campesinos del Este, etc. Y también, en muy gran número, europeos: escandinavos, ingleses, alemanes, irlandeses, que formarán comunidades estables y bastante homogéneas, que perviven hoy.

El Este parece confiar en el desarrollo del Oeste, y le ayuda política y económicamente, con créditos en buenas condiciones. Se introduce maquinaria agrícola, mejoran los transportes. Surgen ciudades nuevas, que pronto adquieren tamaño notable: Omaha, Yankton, Topeka, Atchison, Kansas City. Los estados y territorios menos poblados ven aumentar el número de habitantes: Kansas, Nebraska y el territorio de Dakota tenían conjuntamente en 1870 501.573 habitantes; diez años más tarde, en 1880, tienen 1.583.675, y en 1890 van a tener 3.030.347. Añadamos que los dos primeros son estados desde 1861 y 1867 respectivamente, y que Dakota del Norte y del Sur lo serán en 1889 (7).

El *boom* dura poco. En 1883 y 1887 sobrevienen terribles sequías en verano y tremendos fríos en invierno. Muchos ganaderos y agricultores, que habían avanzado demasiado hacia zonas escasas en lluvias, se ven perdidos. Además, las sequías asustan a los bancos, que exigen la devolución rápida de los créditos y no prestan más dinero. Desmoralizados, muchos colonos abandonan las tierras y se vuelven al Este. Entre 1887 y 1891 Kansas pierde 180.000 habitantes, sobre más de un millón de habitantes en 1885. El desánimo queda reflejado en la canción:

Fifty miles to water,
A hundred miles to wood,
To hell with damned country,
I'm going home for good (8).

El Estado había seguido dando tierras a los colonos, inconscientemente, como si éstas

Dos pinturas de mediados del siglo XIX que recogen escenas de la caza del búfalo en las grandes llanuras de Arkansas

hubiesen sido inagotables, y es responsable en buena medida, con los bancos, de la crisis. Por otro lado, las tierras que quedaban eran malas y pocas.

Ante la situación, se pensó entregar a los colonos el Territorio Indio, que luego se llamará Oklahoma.

Este territorio se creó por tratado con los indios, en 1867. Ningún europeo podía poner pie en él sin autorización india, pero los cazadores y tramperos habían hecho siempre caso omiso de ello, provocando conflictos. Tenía 18 millones de hectáreas y unos 75.000 habitantes indios.

Era prácticamente el último territorio donde los indios vivían en relativa, y mísera, paz, tras las sucesivas deportaciones. Pero la avidez de tierra de los blancos parecía no tener fin. *¿Por qué dejar esas tierras a unos indios piojosos y malolientes?,* se decía en Washington. Así, el Gobierno compró gran parte de las tierras (12 millones de hectáreas) y decidió repartirlas entre los colonos.

Pero al ser éstos demasiados, se pensó, de acuerdo con el espíritu competidor propio del país, celebrar una carrera, literalmente: los primeros que llegasen se quedarían con los lotes. El 22 de abril de 1889, miles de familias, a caballo, en carros, se dice que algunos incluso a pie, se lanzaron sobre las últimas tierras indias. El primer día penetraron en la zona 50.000 personas. La ciudad de Guthrie pasó de tener 0 habitantes a 5.000 en unas horas. Los pioneros rezagados de la historia alcanzaban la última frontera.

Pero la tierra que pisaban ahora era mala, sin agua, sin madera ni carbón, infestada de insectos. Era la tierra que los blancos habían reservado para los indios... Y que ahora también les arrebataban.

Los molinos de viento, las bombas, permitieron mejorar un poco las cosas: pudo extraerse agua de pozos, crear algún sistema de riego, gracias al constante viento. Pero Oklahoma conservó para siempre su fama de tierra inadecuada. Los indios se vieron comprimidos todavía más en sus pobres reservas, y la vecindad de los agricultores blancos sólo les trajo más problemas.

Las tierras ganaderas, como dijimos, no quedaron circunscritas a Texas. En los años setenta y ochenta se extendieron hacia Kansas, Nuevo México, Colorado, incluso hasta las Dakotas, Montana, Wyoming, y a todas las Grandes Llanuras.

Los ranchos se multiplicaron, algunos se convirtieron en no tan pequeños imperios personales. Sus dueños, ganaderos de vacuno o de lanar, alcanzaron cierta notoriedad, como John Chisum.

Pronto surgieron problemas de límites entre ganaderos de vacuno y lanar y, sobre todo, entre ganaderos y agricultores, y en particular entre los grandes, que imponían su ley, y los pequeños. El invento de un tal Joseph Glidden permitió establecer límites visibles entre las tierras de pastos de los ranchos: el alambre de espino. Que fue muy útil para los pequeños ganaderos y para los emigrantes que habían adquirido tierras en las Praderas, y que pasaron a cercarlas.

Los cercados de alambre proliferaron y las praderas quedaron subdivididas en *territorios,* lo que podía impedir el paso a los rebaños por las rutas o hacia los cursos de agua. Y estalló la *guerra* entre agricultores y ganaderos: éstos cortaban los alambres de espino para que pasasen o pastasen sus reses; aquéllos disparaban sobre los animales. Al final, acabaron predominando los terratenientes que habían cercado sus tierras.

El auge de esta industria atrajo a numerosos nuevos ganaderos e inversores del Este y también de Europa (británicos, franceses, alemanes), de Canadá, e incluso de la muy lejana Australia. En Europa se hizo propaganda de las posibilidades ganaderas del Oeste, incluso a través de la Prensa y de libros *ad hoc: The Beef Bonanza or How to Get Rich on the Plains —El filón de la carne, o cómo hacerse rico en las Llanuras—* fue un verdadero *best-seller* en Gran Bretaña.

La proliferación de ranchos y empresas ganaderas conducirá a una saturación de reses en las Praderas, a la que se añadieron las sequías y los fríos. Muchos ganaderos se arruinaron y se dedicaron a otra cosa. Pero otros, sobre todo los antiguos, permanecieron, aunque se produjeron cambios. El aumento de cercados y la extensión de la red ferroviaria facilitó la cría del ganado, e hizo innecesarios los largos viajes hasta las estaciones de ferrocarril. Poco a poco los robustos *longhorns,* de carnes relativamente escasas, fueron sustituidos por razas más selectas y rentables, por lo general de origen inglés. Y también cambió la fisonomía de la ganadería y de los ganaderos, pero los *cow-boys* variaron poco su aspecto, muchas de sus costumbres, sus fiestas y juegos.

Vencidos y ocupada la práctica totalidad de sus tierras, los indios están ya, en estos años, concentrados en reservas. Las condiciones sociales y económicas de la mayoría



Un grupo de pieles rojas (plumilla de finales del siglo XIX)

solían ser pésimas: miseria, carencia de medios, en manos de los agentes y de la Oficina de Asuntos Indios, y de los misioneros, sin futuro, sin alicientes, muchas etnias muy lejos de sus tierras históricas. Y no faltaron las revueltas para tratar de cambiar tan triste destino.

El experimento del general Crook (1871) de convertir en agricultores a los apaches de las reservas —los apaches eran, en sus buenos tiempos, nómadas— no tuvo éxito. El fracaso los llevó de nuevo a la guerra y a intentar recuperar la independencia, en Arizona y Nuevo México, ya desde 1879 y en particular desde 1883 con Gerónimo, dirigente de los chiricahuas.

Las fotografías de la época nos muestran a unos patéticos apaches en andrajos y depauperados, las *fuerzas* de Gerónimo, apenas unas decenas de hombres, mujeres y niños —al final sólo serán 18—, que mantuvieron en jaque a 5.000 soldados hasta 1886. Tras una persecución implacable, Gerónimo se rinde. Pasará por varias prisiones hasta ser deportado con los suyos a una reserva de Oklahoma. La resistencia india había concluido para siempre en el Sudoeste.

El trauma de las derrotas, de las deportaciones y del desvencijamiento social y cultural había sido de proporciones gigantescas para los indios. No vamos a analizar aquí los casos concretos ni la evolución del deterioro cultural. Baste decir que pasado un tiempo los indios tratarán de recomponer sus ideas y comprender lo que les había ocurrido; junto a esto, se darán fenómenos de recuperación cultural, de renacimiento político, de vuelta a las esencias de las civilizaciones indias, bien a través de organizaciones socio-políticas (esto ocurrirá más adelante), bien a través de movimientos más o menos reduccionistas, que parten de los componentes de la propia civilización. Además, las eventuales alianzas y la colaboración entre las distintas naciones indias de los tiempos de las guerras contra los blancos facilita ahora corrientes, o por lo menos canales que pueden llamarse —con cierta precaución— panindios.

Surgen ahora, pues, movimientos de carácter político-religioso, *revivalista,* que esperan una reconstitución de las culturas indias una vez que desaparezca el hombre blanco. Este es el sentido de la última gran reacción india de estos años: desde tierras paiute, en Neva-

da, en los años ochenta, el movimiento de la Danza de los Espíritus se fue extendiendo a las reservas de las Praderas septentrionales, donde arraigará entre los sioux. En 1890 el Ejército pone fin al intento, con la destrucción de una pequeña fuerza sioux en Wounded Knee (Dakota del Sur), y con el asesinato de un histórico dirigente que, tras la aventura con Buffalo Bill, había vuelto entre su puebo: Toro Sentado. Terminaba la última resistencia armada de los indios.

Pero las tribulaciones indígenas no acaban aquí. Destruidos política y militarmente, había que destruir ahora sus formas de vida, el comunitarismo, el igualitarismo, las religiones, las lenguas, por medio de un plan, cuya aplicación había comenzado parcialmente en los años 60, de *desindianización.* Esto se haría a través de la escolarización infantil, en escuelas donde se enseñaría la *civilización blanca* a los niños arrancados a sus familias. Y a través de la conversión del indio en propietario.

La Ley Dawes de 1887 permitía redistribuir individualmente (65 hectáreas por persona) entre los indios los 78 millones de hectáreas que todavía poseían en copropiedad; las tierras sobrantes podrían ser vendidas (es decir, perdidas, y así ocurrirá más adelante).

Para trabajar las tierras adjudicadas los indios carecían de capitales, medios técnicos, de mentalidad empresarial. Los nómadas, además, se adaptaban muy mal a la vida sedentaria, y pronto las tierras no dieron los frutos esperados, e incluso muchos dejaron de trabajarlas. Así, en 1906 se permite que los indios vendan también las tierras adjudicadas. En 1908 un 60 por 100 de los indios las habían vendido. Terminaba de mala manera la frustrante experiencia —verdadera pesadilla para muchos— de la adaptación al mundo de los blancos.

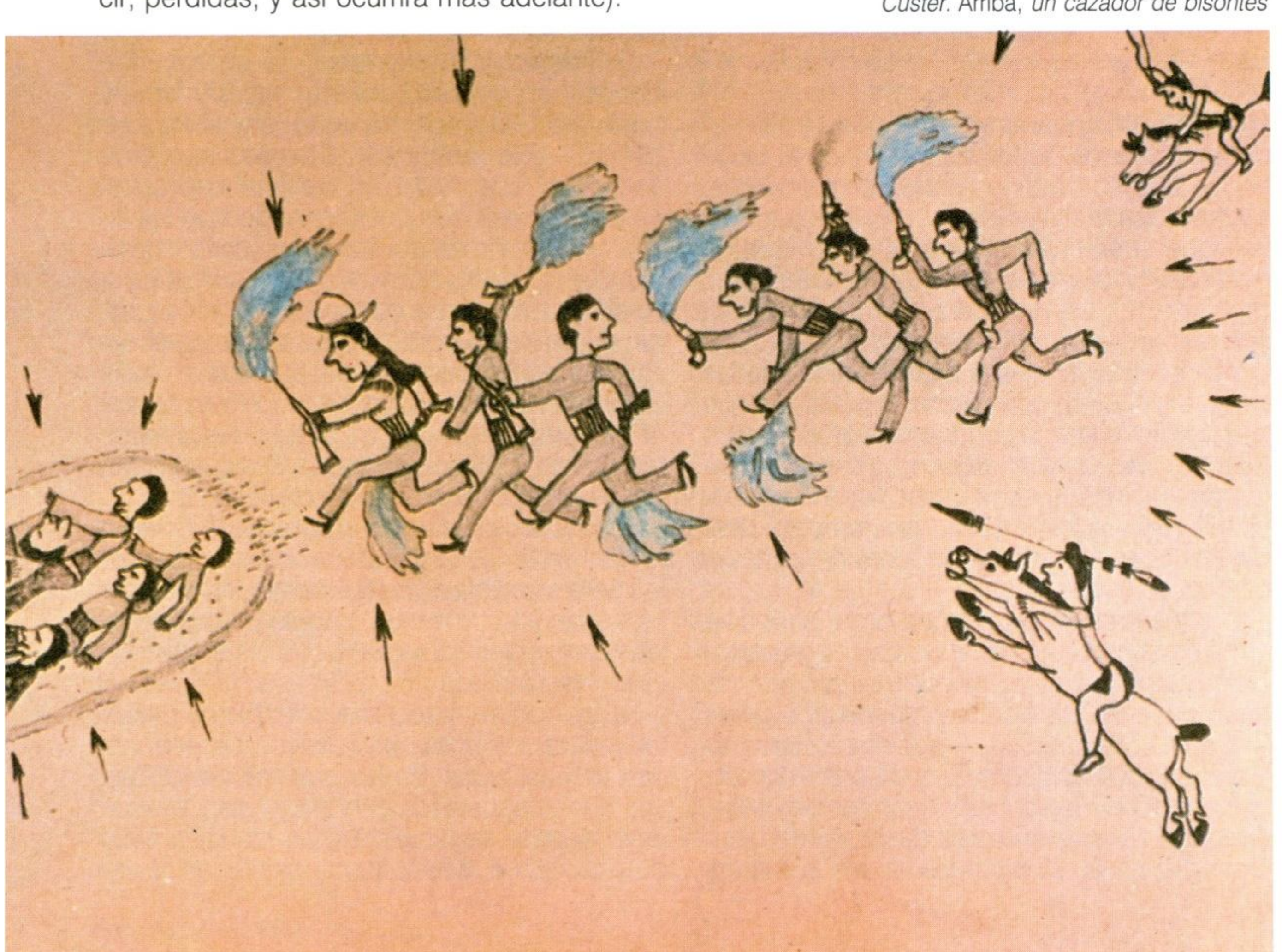
Hacia 1918-1920 se dio marcha atrás a esta política, pero era ya demasiado tarde y el mal estaba hecho.

En 1924 se otorgó a los indios la ciudadanía estadounidense. En 1945, el derecho de voto.

Desde comienzos del siglo XX la paz y el desinterés oficial favorece el aumento demográfico indio: en 1900 quedaban 237.000; en 1910 eran ya 265.000; en 1960, 523.00. Y más de un millón y medio en la actualidad.

En 1900 Estados Unidos tiene 75.994.575

Tres dibujos indios. En los dos de abajo se recuerda la victoria india de Little Big Horn sobre los soldados de Custer. Arriba, *un cazador de bisontes*





habitantes y en 1910 va a tener 92 millones. Y es ya una gran potencia.

A fines de siglo el Oeste comienza a ser una leyenda. Su época gloriosa queda atrás. Los indios, las caravanas, los vaqueros parecen cosa de un pasado lejano y romántico. Se ha cerrado una etapa histórica irrepetible.

Ahora, las viejas minas de oro y plata han dejado su sitio a *minas* de mucho más peso: cobre, hierro, aluminio... y petróleo: éste último provocará una verdadera fiebre del oro negro y convertirá a Texas en un emporio. La nueva maquinaria agrícola moderna permite sacar un provecho nunca visto hasta entonces de las Grandes Praderas, que se han convertido en productoras de cereales.

Petróleo y maquinaría agrícola marcan el fin de la *conquista del Oeste,* el fin de un *experimento* colonial e imperial que implicó un movimiento de población de amplitud ingente, *el mayor capítulo* —dice Rémond— *de la expansión «blanca» de los siglos XVIII y XIX a escala mundial.*

La civilización, o, para ser más modestos, la sociedad del Oeste es sin duda característica y original. El Este es en gran medida *Europa.* El Oeste es, mucho más específicamente, otra cosa, con mucho de Europa, pero con mucho también nuevo y desconocido hasta entonces. Dos mundos separados por el Mississippi. En el Oeste es donde la teoría del *«melting-pot»* (crisol) y de la *Nueva Sociedad* se acercó a la realidad, donde todos se mezclan *democráticamente* —menos los indios y los negros—, aun a costa de perder la personalidad originaria. Para muchos el Oeste es sólo una parte —importante— de lo estadounidense; para otros, es lo verdaderamente estadounidense, y prueba de ello sería la importancia concedida en la vida del país a lo proveniente del Oeste, a sus *huellas* en el campo filosófico e ideológico, en el político, en el psicológico, en el estético.

Basta detenerse en el campo artístico. El Oeste ha inspirado no sólo a los sorprendidos pintores de comienzos del XIX, a un George Catlin o aun Carl Bodmer, sino también a quienes, por la fecha de su nacimiento, conocieron un Oeste ya *hecho* y más lejano, como Frederick Remington o Charles Russell, nacidos en 1861 y 1864 respectivamente, todos pintores de indios, caravanas, diligencias y praderas.

Lo mismo hay que decir de los narradores y poetas: Francis Parkman, con su *Oregon Trail,* Washington Irving, con su *Astoria;* Josiah Gregg, con su *Commerce of the Prairies,* más tarde, con Owen Wister *(The Virginian).* Y la inspiración nunca ha decaído hasta los escritores más recientes (9).

Pero es el cine —John Ford, Raoul Walsh, Howard Hawks, Henry Hathaway y muchos otros— el que ha reconstruido, con fidelidad variable pero emocionada, lo que fue el Oeste. Es el que ha dado la imagen que la mayoría conserva y que corresponde en gran medida con la idea que los propios estadounidenses blancos, es decir, los descendientes de los vencedores de los indios y de los pioneros que ocuparon el territorio, se hicieron de lo que ellos siguen llamando *la epopeya de la conquista del Oeste.*

NOTAS

(1) No hay guerra *más inicua que la que los Estados Unidos hicieron a México* (...). *Me avergüenzo de mi país al recordar aquella invasión.* Palabras del general estadounidense, luego presidente, Ulysses Grant.

El tratado fijaba también definitivamente la frontera entre ambos países —salvo por lo que respecta a una modificación ulterior en favor de Estados Unidos, la compra del territorio de Gadsden, en el río Gila, en 1853.

(2) San Francisco recibe a Lola Montes en 1852 con todos los honores. Pronto será la amante de un tal Sam Branman, millonario y dirigente de los mormones de California. Más adelante recorrerá los placeres.

(3) Los irlandeses llegaron a tender 10 kilómetros en un día, pero los chinos tendieron 16... La competencia podía derivar en peleas y muertes, casi siempre iniciadas por los irlandeses y muchas veces teñidas de racismo.

(4) En esta línea trabajó William F. Cody, más conocido por Buffalo Bill, con el encargo de proveer de carne de bisonte a los obreros. Se sabe que llegó a matar 4.280 bisontes.

(5) Las principales etnias eran los sioux, arápaho, cheyennes septentrionales y meridionales, pies negros, pawnee, cree, y, más al sur, los mencionados comanches, kiowas, etcétera.

(6) El general Sheridan dijo: *Los cazadores de bisontes han hecho más en dos años por resolver de una vez la cuestión india que el Ejército en pleno de Estados Unidos en diez.*

(7) Colorado se convirtió en estado de la Unión en 1876, Montana y Washington en 1889, Idaho y Wyoming en 1990, Arizona y Nuevo México en 1912.

(8) Que en traducción libre castellana dice más o menos: *Hay que andar 50 millas para alcanzar el agua, cien millas para obtener madera, al infierno con este maldito país, me voy a mi casa, que será mejor.*

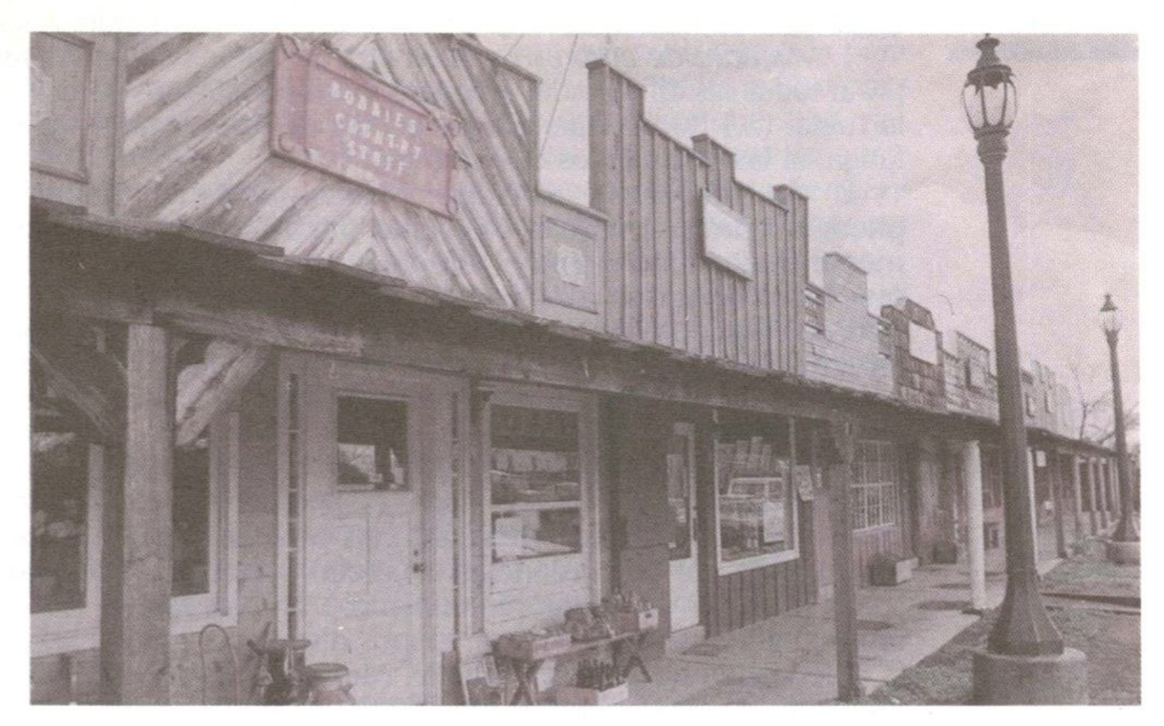
(9) No faltaron los narradores europeos que se inspiraron en el Oeste: Karl May, Emilio Salgari, Jules Verne, Maine Reyd...



Asalto a una diligencia en Kentucky

Bibliografía

S. M. Barrett, *Gerónimo. Historia de su vida*. Grijalbo. Barcelona, 1975. L. Beebe y C. Clegg, *The American West*. Bonanza Books. New York, s.f. D. Brown, *Bury My Heart at Wounded Knee*. Bantam Books. New York, 1972 (hay traducc. española). C. Chilton, *El Lejano Oeste*. Bruguera. Barcelona, 1973. A. W., Crosby, *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa, 900-1900*. Crítica. Barcelona, 1988. A. Debo, *And Still the Waters Run. The Betrayal of the Civilized Tribes*. Princeton University Press. Princeton, 1972. V. Deloria, *El general Custer Murió por vuestros pecados. Un manifiesto indio*. Barral. Barcelona, 1975. R. Erdoes, *The Sun Dance People*. Random House. New York, 1972. O. B. Faulk, *Land of Many Frontiers. A History of the American Southwest*. Oxford University Press. New York, 1968. C. Fohlen, *Les Indiens d'Amérique du Nord*. PUF. Paris, 1985. F. González Ledesma, *La Gran Aventura: La epopeya del Lejano Oeste*. Bruguera. Barcelona, 1973. D. R. Headrick, *Los instrumentos del imperio*. Alianza. Madrid, 1989. J. D. Hicks, G. E. Mowry y R. E. Burke, *A History of the USA*. Houghton Mifflin. Boston, 1964. J. Hook, *The Apaches*. Osprey. London, 1987. Id., *The Americans Plains Indians*. Osprey. London, 1987. W. R. Jacobs, *El expolio del indio norteamericano*. Alianza. Madrid, 1973. A. M. Josephy (h.), *The Patriot Chiefs*. Penguin. Harmondsworth, 1977. M. Le Bris, *La fiebre del oro*. Aguilar. Madrid, 1989. M. León-Portilla, *Culturas en peligro*. Alianza Mexicana. México DF, 1976. E. Marienstras, *La resistencia india en los Estados Unidos*. Siglo XXI. México, 1982. D'A. McNickle, *Las tribus indias de los Estados Unidos*. Eudeba. Buenos Aires, 1965. J. Morris, *History of the U.S. Army*. Hamlyn. Twickenham, 1986. G. P. Murdock, *Nuestros contemporáneos primitivos*. F.C.E. México, 1956. R. B. Nye y J. E. Morpurgo, *A History of the United States*. Penguin. Harmondsworth, 1967. W. Prescott Webb, *The Great Plains*. Grosset-Dunlap. New York, 1973. P. Radin, *Histoire de la civilisation indienne*. Payot. Paris, 1953. L. Simonin, *Viaje al Far West americano*. Montaner y Simón. Barcelona, 1985. B. Still, *Pionniers vers l'Ouest*. Seghers. Paris, 1965. F. J. Turner, *La frontera en la historia americana*. Castilla. Madrid, 1960. R. M. Utley, *Custer Battlefield*. National Park Service. Washington DC, 1969. VV.AA., *La colonización de América del Norte*. Historia 16. Cuadernos. Madrid, 1991. VV.AA., *En marge. Les minorités aux Etats-Unis*. F. Maspero. Paris, 1974. VVAA, *Pieds nus sur la terre sacrée*. Denoël-Gonthier. Paris, 1974. A. de Zavala, *Buffalo Bill y su época*. Bruguera. Barcelona, 1963.



Calle de un pueblo del Oeste americano

El Oeste americano

Textos

CUADERNOS historia 16

Rasgos del hombre de la frontera hacia 1830

LAS particularidades (...) de carácter que distinguen a la población del Oeste se deben a las circunstancias singulares en las que se hallan los habitantes de este nuevo mundo. A saber:

1. *Espíritu de empresa y aventura.* La buena voluntad para superar todas las dificultades y sortear todos los peligros para alcanzar la meta. (...) Nada detiene a las gentes del Oeste: ni el viaje, ni la fatiga, ni las dificultades de todo tipo. (...)

2. *La independencia de pensamiento y de acción.* Hombres que pueden soportar cualquier cosa, que, por así decir, han vivido sin el menor freno, libres como el aire de las montañas (...) y que saben que todos ellos son americanos, aplicarán este principio durante toda su vida. No quiero decir que esta independencia los haga *realmente* indiferentes a las opiniones y a los sentimientos ajenos; de todos modos, en algunos de ellos, esta virtud se ha pervertido o degenerado considerablemente. (...)

3. *Una apariencia de rudeza,* que podríamos calificar como *zafiedad en los modales.* Estos rasgos (...) no derivan tanto de la ignorancia y de la barbarie (como algunos podrían suponer), sino que han surgido por circunstancias concretas en las que se hallan personas lanzadas sin orden ni concierto a un país nuevo, donde durante mucho tiempo formaron grupos dispersos, y cuyas relaciones (...) derivaban de las más fortuitas causas. *(R. BAIRD, «View of the Valley of the Mississippi; or the Emigrant's and Traveller's Guide to the West». H. S. Tamer, Filadelfia, 1832.)*

La fiebre del oro

LA vida en los campamentos: ¿antesala del infierno o del paraíso? Todos los testimonios concuerdan: en lugar de tierras prometidas, los campamentos de los buscadores de oro son inmundas cloacas siempre al borde de la barbarie. Las colinas, despojadas de sus árboles, ya no retienen el lodo en invierno; por ello no es nada raro que los deslizamientos de tierra sepulten varias decenas de tiendas. Obviamente, ninguna higiene. Los mineros, al atardecer, simplemente se quitan sus botas y las utilizan como almohadas; y frecuentemente pasan tres o cuatro meses sin lavar su vajilla ni su ropa. Los piojos abundan hasta tal punto que los mineros se rascan la piel con el *bowie-knife* para desembarazarse de ellos (de ahí la expresión «piojoso de oro», para calificar su riqueza). Las ratas son tan numerosas y tan agresivas que los mineros, para protegerse, encierran durante el día en sus tiendas serpientes o gatos salvajes. Los hombres caen como moscas. Sus cadáveres son abandonados al aire libre, fuera de los campamentos, para pasto de las hienas. Ni hablar, claro está, de cavar una tumba; ¿y si se tropezase por casualidad con un filón debajo?

¿Pero es que todos esos locos desnutridos, helados de frío y consumidos por la fiebre no ven el infierno en el que chapotean y mueren? Al atardecer se les encuentra en las mesas de juego de los campamentos, o en la ciudad, en los burdeles de Sonora, de Angels Camp o de Nevada City, como si el oro arrancado a la tierra les quemase los dedos, como si necesitaran deshacerse de él lo más rápidamente posible para recomenzar la búsqueda al día siguiente. Reunidos en torno al fuego de campamento, cuáqueros, mormones, anabaptistas, presbiterianos y socialistas utópicos discuten sin parar sobre el mundo ideal que va a nacer mañana. He ahí quizás, lo más fascinante de toda esta epopeya, pues no estaban los bandidos de un lado y los místicos y los socialistas de otro: los buscadores de oro eran a la vez iluminados y forajidos. *(M. LEBRIS, «La fiebre del oro». Aguilar. Madrid, 1989.)*

Un iroqués habla de los misioneros

NO nos son los misioneros de ninguna utilidad. Si los blancos no los necesitan porque no les son de ninguna utilidad, ¿por qué se los envían a los indios? Si el hombre blanco tiene necesidad de ellos y le sirven para algo, ¿por qué no los guarda para sí? Ellos (los hombres blancos) son lo suficiente malos como para tener necesidad de todos aquellos que puedan hacer que sean mejores. Estos hombres (los misioneros) saben que nosotros no comprendemos su religión. (...) Si no tuviésemos ni dinero, ni tierra, ni país, ni nada que pudiese sernos robado, estos sayones negros no se ocuparían tanto de nuestro bienestar en el más allá. (...)

Los sayones negros nos dicen que trabajemos y plantemos el maíz mientras ellos no hacen nada y se morirían de hambre si los demás no les diesen algo para comer. No hacen sino rezar al Gran Espíritu; pero esto no hará crecer al maíz ni las patatas; la prueba es que se ven obligados a mendigar su comida. El hombre rojo no conocía la desgracia hasta que llegó el hombre blanco; en cuanto los hombres blancos hubieron cruzado las grandes aguas, quisieron nuestras tierras y a cambio nos propusieron siempre que tomásemos parte en sus querellas religiosas. (...) *(T. C. McLUHAN (compil.), «Pieds nus sur la terre sacrée». Denoël-Gonthier. París, 1974.)*

El «destino manifiesto» y el expansionismo USA

HASTA (...) 1840 el progreso (...) había representado la adquisición de una faja de tierras de 25 millas de profundidad que iba añadiéndose cada año a la frontera occidental, de la Unión de Canadá al golfo de México. Esta ocupación de territorios salvajes (...) se desarrolla con toda la solemnidad de un decreto de la Providencia. Hoy este movimiento hacia el Pacífico ve precipitar su actividad y su fuerza, como un diluvio de hombres, que se yerguen sin descanso y que, todos los días, parece como si fueran empujados hacia adelante por la mano de Dios. (...)

En contraste [con Europa y Asia] el interior de América del Norte se presenta como una vasta cuenca que se abre bajo el cielo, apta para recibir y a mezclar armoniosamente todo lo que franquea sus costas. (...) El imperio republicano demócrata de América del Norte está predestinado, pues, a extenderse hasta los límites del continente, a controlar los océanos que lo rodean y, eventualmente, los continentes que existen más allá. El futuro presenta muchas incertidumbres. Pero, aun así, a través de todas las vicisitudes futuras, esta parte de eterna verdad es, ya desde ahora, discernible. *(W. GILPIN, Speech of Colonel William Gilpin on the Subject of the Pacific Railway, 5 de noviembre de 1849, en W. GILPIN, «The Central Gold Region». Sower, Barnes & Co. Filadelfia, 1860.)*

La introducción del «Seis Tiros» en Texas

EL pionero americano llevó a Texas con él la pistola —la vieja pistola de duelo de un solo disparo, o bien la pequeña arma tipo derringer, o bien la gran pistola de arzón (también de un solo tiro)—. La pistola de arzón podía ser utilizada mientras se cabalgaba, pero el jinete difícilmente podía llevar consigo más de dos. En el mejor de los casos, los primeros tejanos podían disponer, cuando iban a caballo de tres disparos, el del fusil y los de cada una de las pistolas. (...)

Ahora veamos las armas que portaba un comanche. Para defenderse el guerrero llevaba un escudo sujeto a su brazo izquierdo; como armas ofensivas llevaba una lanza de más de tres metros, (...) un arco, y un carcaj lleno de flechas de punta de pedernal o de hierro. Armas que usaba eficazmente para cazar y combatir.

Imaginemos ahora un combate entre tejanos y comanches. (...)En términos generales, el indio tenía gran parte (de las ventajas). (...) El tejano llevaba como mucho tres disparos (...) y le costaba un minuto volver a cargar su arma; en el mismo tiempo el indio podía alejarse bastantes metros y disparar unas veinte flechas. (...)

Sin duda, los tejanos necesitaban una nueva arma, algo que dispusiese de una reserva capaz de una acción *continuada* —un arma más rápida que las flechas indias, de mayor alcance que sus lanzas y, sobre todo, adecuada para su uso a caballo—. El hombre que proporcionó el arma que cumplía todos estos requisitos era un yankee de Connecticut por nombre Samuel Colt. (...) En 1835 Colt patentó [su primer modelo] en Gran Bretaña (...) y en 1836 en Estados Unidos. (...) Entre las patentes que obtuvo se hallaba un modelo de un revólver de seis recámaras del calibre 34 (...), que la compañía comenzó a fabricar hacia 1838. (De este modelo) se hicieron pedidos desde la lejana República de Texas, y según Gregg, se utilizó en cierta medida en la ruta de Santa Fe. (...) *(W. PRESCOTT, «The great Plains», Grosset & Dunlap, New York, 1973.)*

Ganado y vaqueros

DESPUES de la Guerra de Secesión había en Texas hordas de ganado. Al final de la guerra su precio había bajado a cuatro dólares por cabeza —y eso cuando se encontraba algún comprador—. Por un lado, estos bueyes que no valían nada invadían Texas y, por el otro, el resto del país pedía carne de buey —pero no había ferrocarril para transportarla—. Así, pues, se conducía a los bueyes a lo largo de las pistas que atravesaban cientos de millas de tierras salvajes, llenas de indios. En 1866 el primer rebaño de Texas cruzó el río Rojo. En 1867 se fundó la ciudad de Abilene al final del Kansas Pacific Railroad, y a partir de ese momento puede decirse que la pista quedaba abierta realmente. A partir de esta fecha grandes rebaños fueron cada año hacia el norte. Acababa de nacer el *cow-boy.* (...)

Naturalmente, las primeras brigadas que se lanzaron a esas pistas, hacia 1870, eran duras; (...) vivían de buey, sin más; había sólo tres o cuatro caballos por cada hombre. (...) No había tiendas (...) y muy pocas capas impermeables. Los muchachos no murmuraban nunca, pues se habían criado en un medio idéntico al que encontraban en las rutas —maíz y *bacon* como único menú, un suelo de tierra en las casas, y ni el más mínimo lujo. (...)

La mayoría venía del Sur; era una banda de salvajes y de pendencieros. Se cubrían con grandes sombreros de castor de alas anchas, de color negro o marrón y de copa baja, vestían camisas de fantasía, botas de altos tacones y, a veces, una especie de guardapolvos. (...)

A medida que el negocio se desarrolló, se produjeron grandes cambios en la vestimenta. (...) El sombrero Stetson blanco, de copa alta, sustituyó [al anteriormente descrito]; llevábamos camisas de fantasía con bolsillos y pantalones californianos de rayas o cuadros, fabricados en Oregon City, los mejores que nunca se han hecho para montar a caballo. E hicieron su aparición también los impermeables. (...) Los viejos Colts con cañón de doce pulgadas habían sido sustituidos por otros de cañón de seis pulgadas o de siete pulgadas y media. (...) *(E. C. ABBOTT y H. H. SMITH, «We Pointed Them North». University of Oklahoma Press. Norman, 1955.)*

Victoria india en Little Big Horn

NOS hallábamos en el campamento cerca del río Little Big Horn. Habíamos perdido algunos caballos y un indio volvió atrás por la pista para tratar de encontrarlos. No sabíamos que los guerreros blancos nos seguían. Algunos exploradores u hombres avanzados vieron al indio que buscaba los caballos y corrieron tras él para matarlo e impedir que contara lo que había visto, pero él corrió más rápido y pudo volver al campamento y contarnos lo que había visto. (...) Yo oí la alarma, pero no quería creerlo. Pensé que era una falsa alarma. Creí que no podía ser posible que nos atacara ningún blanco, teniendo en cuenta lo fuertes que éramos en este momento. Teníamos en el campamento a cheyennes, arápajos y siete tribus diferentes de sioux teton. (...) [A pesar de todo] no perdí tiempo en prepararme. Cuando cogí mi arma y salí de mi alojamiento el ataque había empezado ya en el extremo del campamento donde se hallaban Sitting Bull y los unkpapas. Los indios resistieron para dar tiempo a las mujeres y a los niños de que se retiraran. (...) y mis hombres se daban prisa para ir a ayudar a los que estaban combatiendo. (...) Ahora ya todos los guerreros de nuestro campamento estaban montados y dispuestos a la lucha. (...) Cayeron [los blancos] sobre nosotros como un rayo. Nos retiramos para reagruparnos, y cargamos contra ellos. (...) Cuando nos lanzamos contra ellos, los guerreros blancos desmontaron para disparar, pero realizaron un tiro muy poco eficaz. Sujetaban por las riendas a sus caballos con una mano mientras disparaban, pero sus caballos estaban tan asustados que arrastraban a los hombres, y gran parte de los disparos se perdieron y no nos hicieron daño alguno. Los guerreros blancos resistieron bravamente, y ninguno hizo ademán de retirarse. Después de todos menos dos hubieron sido muertos, yo capturé a dos de sus caballos. Luego los sabios y jefes de nuestra nación nos aconsejaron que no mutilásemos al jefe blanco muerto [Custer], pues había sido un guerrero valiente y había muerto como un bravo (...).

(...) Yo no sé si fue capturado algún blanco de las fuerzas de Custer. Cuando volví a nuestro campamento [los blancos] estaban todos muertos. (...) Yo no vi al general Custer. No sé quién lo mató. *(Entrevista a LOW DOG, jefe de los sioux oglala, en julio de 1881, publicada en «Leavenworth Weekly Times», el 18 de agosto de 1881, reproducida en R. M. Utley: «Custer Battlefield». National Park Service, Washington DC, 1969.)*

La frontera y la formación de Estados Unidos

EL desarrollo social americano ha estado recomenzando continuamente en la frontera. Ese renacimiento perenne, esa fluidez de la vida americana, esa expansión hacia el Oeste con sus nuevas oportunidades y su contacto continuo con la simplicidad de la sociedad primitiva, proporcionan las fuerzas que dominan el carácter americano. El verdadero punto de vista en la historia de esta nación no es la costa atlántica, sino el Gran Oeste. Incluso la lucha por la abolición de la esclavitud, que ha constituido tan exclusivo objeto de atención por parte de escritores como el profesor Von Holst, ocupa un papel importante en la historia americana precisamente por su relación con la expansión hacia el Oeste.

En ese avance, la frontera es el borde exterior de la ola, el punto de contacto entre la barbarie y la civilización. Mucho se ha escrito sobre la frontera desde el punto de vista de la guerra en ella desarrollada y de la caza, pero se ha pasado por alto la importancia que presenta como campo de estudio serio por parte del economista y del historiador.

La frontera americana se distingue claramente de la europea, que es una línea fronteriza fortificada que corre a través de territorios densamente poblados. El elemento más importante de la frontera americana es el hecho de que va por el límite de las tierras abiertas a la expansión. (...)

En el proceso de formación de América debemos observar cómo entró en el Continente la vida europea y cómo América modificó y desarrolló esa vida y reaccionó sobre Europa. Nuestra historia primitiva es el estudio del desarrollo de los gérmenes europeos en el medio ambiente americano. (...)

La frontera es la línea de americanización más rápida y efectiva. La tierra virgen domina al colono. Este llega vestido a la europea, viaja a la europea y europeos son su manera de pensar y las herramientas que utiliza. La tierra virgen le saca del coche de ferrocarril y le mete en la canoa de abedul. Le quita los vestidos de la civilización y le hace ponerse la zamarra del cazador y los mocasines. Le hace vivir en la cabaña de troncos de los cherokees y de los iroqueses y construir en torno a ella una empalizada india. No pasa mucho tiempo sin que el colono siembre maíz y sin que labre la tierra con un palo aguzado; lanza el grito de guerra y arranca el cuero cabelludo en el más puro y ortodoxo estilo indio. En una palabra, el medio ambiente de la frontera resulta al principio demasiado duro para el hombre blanco. Este debe aceptar las condiciones que le impone si no quiere perecer y por lo tanto se instala en los calveros indios y sigue las pistas indias. Poco a poco va transformando la tierra salvaje, pero el resultado no es la vieja Europa, ni sencillamente el desarrollo del germen germánico ni un caso de reversión a la antigua marca germánica. El hecho es que surge un nuevo producto que es americano. (...) *(F. J. TURNER, «La frontera en la historia americana». Ediciones Castilla. Madrid, 1961.)*

La lucha final

PRONTO fue el general Miles comandante de todas las guarniciones del oeste, y sus tropas nos perseguían sin cesar. Las mandaba el capitán Lawton, que tenía buenos exploradores. También los soldados mexicanos se fueron haciendo más numerosos y estuvieron más activos. Casi cada día teníamos escaramuzas, por lo que decidimos dividirnos en pequeñas bandas. Yo me fui con seis hombres y cuatro mujeres hacia las montañas de Ojo Caliente, en Nuevo México. Pasamos por varios ranchos, pero no tuvimos conflictos con los vaqueros. Matamos vacas para comer cuando teníamos necesidad de alimentos, pero sufrimos mucho por falta de agua. En una ocasión estuvimos dos días y dos noches sin agua, y nuestros caballos estuvieron a punto de morir de sed. Nos estuvimos algún tiempo en las montañas de Nuevo México, y cuando supusimos que las tropas habrían vuelto de México nos volvimos nosotros allí. En nuestro regreso por Viejo México atacamos a todo mexicano que encontramos, aunque no fuera más que por matarlo. Creíamos que los mexicanos habían pedido a las tropas de los Estados Unidos que fueran a México a combatirnos. (...)

Contra lo que habíamos esperado, los soldados de los Estados Unidos no habían abandonado las montañas mexicanas; pronto estuvieron siguiéndonos y librando escaramuzas con nosotros casi a diario. Sorprendieron nuestro campamento unas tres o cuatro veces.

Una vez nos sorprendieron hacia las nueve de la mañana, capturaron todos nuestros caballos (diecinueve) y se hicieron con todas nuestras reservas de cecina. También perdimos tres indios en

ese encuentro. A media tarde del mismo día los atacamos por la retaguardia cuando atravesaban una pradera; matamos a un soldado y no tuvimos bajas. En esta escaramuza recuperamos todos nuestros caballos, salvo tres que me pertenecían. Los tres en cuestión eran las mejores monturas que teníamos.

Poco después de eso hicimos un tratado con las tropas mexicamas. Nos dijeron que los verdaderos culpables de aquellas guerras eran las tropas de los Estados Unidos, y estuvieron de acuerdo en no combatirnos más, siempre que nos volviéramos a los Estados Unidos. Nos declaramos de acuerdo y volvimos a emprender la marcha, con la esperanza de hacer un tratado también con los soldados de los Estados Unidos y volver a Arizona. No parecía haber otra salida. (...) El general Miles me dijo: «El presidente de los Estados Unidos me ha enviado para hablar contigo. Ha tenido noticias de tus problemas con los hombres blancos y dice que si estás de acuerdo en unas conversaciones para llegar a un tratado, no tendremos más dificultades. Gerónimo, si estás de acuerdo en unas pocas palabras de paz, todo se arreglará satisfactoriamente.» Así me dijo el general Miles cómo podríamos ser hermanos. Levantamos las manos hacia el cielo y dijimos que no se violaría el tratado. Luego juramos no hacernos ninguna injusticia ni maquinar nada unos contra otros. (...)

Yo creo que no he violado nunca el tratado; pero el general Miles no cumplió nunca sus promesas. *(S. M. BARRET (compil.), «Gerónimo. Historia de su vida». Grijalbo, Barcelona 1975.)*

Jesse James, gran bandido

FUE de los guerrilleros del Sur, para quienes era la bandera de la guerra escudo de rapiña. Su mano fue instrumento de matar. Dejaba en tierra al muerto, y cargado de botín, iba a hacer reparto generoso con sus compañeros de proezas, que eran tigres menores que lamían la mano de aquel magno tigre.

Y acabó la guerra, y empezó un formidable duelo. De un lado eran los jóvenes bandidos, que se entraban a caballo en las ciudades, llamaban a las puertas de los bancos, sacaban de ellos en pleno día todos los dineros, y ebrios de peligro, que como el vino embriaga, huían lanzando vítores entre las poblaciones consternadas, que se apercibían del crimen cuando ya estaba rematado, y perseguían a los criminales flojamente, y volvían a las puertas del banco vacío, donde parecían aún verse, como figuras de oro que vuelan, las de los bravos jinetes, a los ojos fantásticos del vulgo, embellecidos con la hermosura del atrevimiento. Y de otro lado eran los jueces inhábiles, en aquellas comarcas de ciudades pequeñas y de bosques grandes; los soldados de la comarca, que volvían siempre heridos, o quedaban muertos, los pueblos inquietos que, ciegos a veces por ese resplandor que tras de sí deja la bravura, veían en el ladrón osado a un caballero del robo. (...)

Y otras veces esos malvados hundían los codos en sangre. Alzaban en una curva del camino los hierros de la vía. Ocultábanse, montados en sus veloces caballos, en el soto. Y el tren venía y caía. Y allí era matar a cuantos hiciesen frente al robo inicuo. Allí el llevarse a raudales los dineros. Allí el cargar a sus caballos de grandes barras de oro. Allí el clavar en tierra a cuantos podían mover el tren. Si había taberna rica, y bravo del lugar, a la taberna del lugar iban, a armar guerra los bandidos, porque no se dijese que fatigaba caballo ni manejaba armas hombre más bravo que los de James. (...)

Bien es que le mató un amigo suyo por la espalda, y por dineros que le ofreció para que le matase el gobernador. Bien es que me-

rezca ser echado de la casa de Gobierno quien para gobernar haya de menester, en vez de vara de justicia, de puñal de asesino. Bien es que da miedo y vergüenza que allá en la casa de la ley, cerca de puerta excusada y en noche oscura, ajustaran el jefe del Estado y un salteador mozo el precio de la vida de un bandido. ¿Pues qué respeto merece el juez, si comete el mismo crimen que el criminal? *(J. MARTÍN, «En los Estados Unidos». Alianza Editorial. Madrid, 1968.)*

Las reservas de indios

EN 1860, después de una lucha encarnizada, los Paiutes ceden la mayor parte de sus tierras en Nevada y aceptan residir en la pequeña reservación de Pyramid Lake. Sarah Winnemuca, apodada la «Juana de Arco india» por el papel preponderante que desempeñó en la defensa de su pueblo, cuenta:

«Ningún blanco vivía allí en la época en que se nos adjudicó la reserva. Nosotros, los Paiutes, siempre hemos vivido cerca del río, porque en esos dos lagos (Pyramyd Lake y Muddy Lake) pescábamos magníficas truchas de montaña. Nos podían haber beneficiado mucho si se nos hubiera dejado todo. Pero desde 1867, el ferrocarril atraviesa la reserva y los blancos nos arrebataron la mejor parte del terreno así como uno de los lagos.

La primera labor a la que se entregó mi pueblo fue cavar un canal para construir luego un aserradero y un molino. Nunca oímos hablar del molino ni del aserradero, a pesar de que el informe impreso de los archivos de los Estados Unidos indica que fueron asignados 25.000 dólares para su construcción. ¿A dónde fue a parar ese dinero? El informe dice que el molino y el aserradero fueron vendidos en provecho de los indios para pagar la madera de construcción de sus casas. Pero no nos ha llegado ni un solo pedazo de madera. Y mi pueblo ya no posee ningún terreno en donde podría conseguir madera. Los blancos utilizan el canal cavado por mi pueblo para regar sus tierras.»

Corrupción y robo de los agentes del BIA, intrusiones de los colonos en las reservas mismas son moneda corriente. El único resultado al que llega la reserva, señala Red Cloud (el jefe Sioux *progresista*), es la miseria física y moral de los indios. (...)

Los oficiales del ejército nos ayudaron más que los demás, pero no nos dejaron bajo su custodia. Se creó un Departamento de Asuntos Indígenas con un gran número de agentes y demás empleados que recibían altos salarios; la tarea de esos hombres era enseñarnos el comportamiento de los blancos. Entonces comenzaron todos los problemas (...) En mi opinión, les parecía más provechoso dejarnos como estábamos en vez de hacernos progresar. Nuestras raciones empezaron a disminuir. Algunos decían que éramos flojos y que queríamos vivir de nuestras raciones sin trabajar. Eso es falso. ¿Cómo podría imaginar una persona sensata que un número tan grande de personas podría súbitamente ponerse a trabajar sin que se les haya proporcionado el material y la enseñanza necesarios? (...)

Ustedes que comen tres veces al día y que ven a sus hijos felices y sanos, no pueden comprender lo que sentían los indios en su miseria. Estábamos debilitados por el hambre y enloquecidos por la desesperación. Cargábamos a nuestros pequeños hijos moribundos y sentíamos sus cuerpos temblar mientras su alma los abandonaba, dejando tan sólo un peso muerto en nuestros brazos. (...) Ya no había esperanza en el mundo; Dios nos había olvidado. *(E. MARIENSTRAS, «La resistencia india en los Estados Unidos». Siglo XXI. México, 1982.)*